

Bro 3504  
17

**LUCHANDO**  
**CONQUISTAREMOS**  
**LA DEMOCRACIA**

TENDENCIAS Y LINEAS DE TRABAJO  
DEL PERIODO





**LUCHANDO  
CONQUISTAREMOS  
LA DEMOCRACIA**

TENDENCIAS Y LINEAS DE TRABAJO DEL PERIODO

EDITORIAL CARLOS GODOY E  
1987

---

INT. INSTITUUT  
SOC. GESCHIEDENIS

- MAART 1999

AMSTERDAM

10825896

## INDICE

### I. LA OFENSIVA DEL REGIMEN MILITAR

1. La mantención del proyecto de la burguesía financiera..... 2
2. Hegemonía y representación de clase..... 3
3. La contradicción política del régimen..... 5
4. La estrategia de consolidación del régimen..... 9

### II. LA DC: ENTRE LA OPOSICION Y LA CLAUDICACION

1. La debilidad del proyecto centrista..... 14
2. La hegemonía de clase en la DC..... 15
3. La contradicción política del centrismo..... 17
4. La nueva estrategia electoralista de la DC..... 20

### III. LA IZQUIERDA ENTRE LA REFORMA Y LA RUPTURA

1. El proyecto democrático del pueblo..... 26
2. La hegemonía en el campo popular y la izquierda..... 33
3. La contradicción básica en la izquierda..... 39

### IV. LA LUCHA POR LA ALTERNATIVA DEMOCRATICO-POPULAR Y DESARROLLO DE UNA FUERZA DIRIGENTE DEL PUEBLO

1. El desarrollo de la vanguardia revolucionaria..... 52
2. La necesidad de un frente democrático del pueblo..... 60
3. Sobre estrategia y táctica del período..... 64

La coyuntura se caracteriza por la mantención de la iniciativa política por la dictadura, con una profundización de su plan de consolidación institucional; el cambio de línea de la DC, transformando su estrategia negociadora en una vía electoralista favorable a las maniobras del régimen; el aumento de vacilaciones en sectores de izquierda que se comienzan a plegar a este camino electoral, dejando atrás el proyecto propio del movimiento popular y las estrategias rupturistas; el desarrollo de nuevos realineamientos en la izquierda, en torno a la alternativa propia y estrategia de lucha; y la persistencia del repliegue político de masas que se reactivan a partir de la defensa de sus reivindicaciones básicas, a la búsqueda de un proyecto claro y una estrategia coherente de lucha por la democracia.

### I. LA OFENSIVA DEL REGIMEN MILITAR

La dictadura militar sigue adelante con el proyecto de los monopolios y transnacionales, con una decidida estrategia global de poder, en medio de débiles respuestas tácticas opositoras, que no alcanzan a frenar los planes pinóchetistas.

## 1. La mantención del proyecto de la burguesía financiera

La continuidad de la dictadura sigue siendo el proyecto político no sólo del pinochetismo, sino también de la oligarquía financiera. Dos rasgos centrales del capitalismo monopolista en nuestro país lo demuestran:

De una parte, está el **creciente proceso de transnacionalización de la economía** en los últimos tres años, favorecido por el negocio de la deuda externa que realizan consorcios multinacionales. Estos obtienen una ganancia usuraria en la compra de pagarés de la deuda externa, que es utilizada en la compra de empresas del Estado y la adquisición de empresas de clanes financieros en quiebra, como sucedió con las propiedades del grupo Cruzat-Larraín. Así, sólo 9 consorcios multinacionales controlan 121 grandes empresas capitalistas en nuestro país, con un patrimonio global de US\$ 2.400 millones, presionando a la dictadura por una mayor entrega de empresas estatales, en particular las de la gran minería del cobre.

La depuración de Frez y Danús en el Ejército está ligada tanto al aseguramiento del mando de Pinochet como también a las exigencias de las transnacionales por una mayor privatización de empresas calificadas de "estratégicas".

La transnacionalización de la economía chilena, junto al pago riguroso de la deuda externa a costas de la miseria popular, es la que ha logrado el respaldo del City Bank, del grupo australiano Bond, del grupo neozelandés Carter Holt y de los propios representantes imperialistas como Robert Gelbard, que no trepidan en calificar a nuestro empobrecido país como un "modelo".

El segundo rasgo del capitalismo chileno del último tiempo es el **nuevo proceso de centralización de la propiedad**, con el ascenso de nuevos clanes asociados a grupos transnacionales, como es el caso de Angellini y Luksic. De esta manera no se abren contradicciones entre monopolios criollos y multinacionales, generando la característica mentalidad dependiente y proimperialista de la burguesía chilena, en el plano económico y político.

La oligarquía financiera sigue interesada en la

continuidad del régimen militar. Así se explica el hecho de que la banca internacional acepte postergar los intereses de la deuda externa para el 89, avalando el "ochentaynuevismo" del régimen, con este apoyo indirecto a la campaña electoral del régimen. Así se entiende la formación del "Comité Cívico" por empresarios de la Sofofa, para avalar el plebiscito pinochetista. Pinochet y el Ejército siguen siendo las garantías de la clase dominante para un proyecto de dominación compartido, y, al mismo tiempo, la clave para esta alianza entre Fuerzas Armadas y oligarquía financiera.

El proyecto real del régimen sigue siendo el de una dominación prolongada del capital financiero, sobre la base del terrorismo de Estado y el autoritarismo.

## 2. Hegemonía y representación de clase

La hegemonía de clase se concentra en la capa oligárquico-financiera, que domina sin contrapeso al conjunto de la burguesía, no sólo por el control del aparato estatal, sino que además por el hecho de que el modelo de acumulación monopolista no tiene un verdadero proyecto alternativo por parte de las otras fracciones burguesas. Este factor determina su liderazgo político-económico, como también es el que debilita el proyecto reformista de la DC, basado en una negociación interburguesa, que no va más allá de adecuaciones en la transferencia de plusvalía entre las fracciones de la burguesía, sin cambiar en lo sustancial el dominio de la oligarquía financiera.

Esta hegemonía de clase se sigue reflejando en el dominio del aparato económico estatal por funcionarios de los clanes y de la banca extranjera, como sucede con Büchi, en la misma línea iniciada en 1975 por Sergio de Castro y los Chicago Boys, ampliamente respaldados por los círculos imperialistas y los monopolios locales.

Asimismo, la representación política de la clase dominante sigue pasando por las Fuerzas Armadas antes que por algún partido derechista o reformista de carácter procapitalista, como sucede con el Parena o la DC. La crisis de representación política en la burguesía chilena, abierta en 1973, se ha resuelto por la vía de la intervención militar prolongada, debido a la debilidad de la derecha, aislada de la sociedad civil, y a los rasgos populistas de

la DC, que genera resistencia en la burguesía agraria y clanes financieros.

La tendencia a la prolongación de la dictadura se nutre del mesianismo de Pinochet, el afán de ganancias de los clanes financieros, pero también de la crisis de representación política no resuelta por la clase dominante, que la hace sentirse mejor representada en el Estado por los militares antes que por algún partido político procapitalista. A ello debe agregarse la crisis de expectativas de esta clase, por el temor a un avance sustantivo del movimiento obrero y popular conducido por una izquierda con un proyecto histórico de cambios democrático-revolucionarios.

La conducción del bloque dominante que ejerce Pinochet, y el Ejército, la línea de las 7 "proyecciones" -que refleja la tendencia continuista de la dictadura-, radica en el apoyo clasista que se renegocia de diversas maneras -desde los nuevos avances a la privatización, hasta soluciones parciales a problemas del endeudamiento interno de sectores empresariales-, donde entran en juego la crisis de futuro de la oligarquía financiera con la autonomía relativa del Estado, en acciones donde se concilian intereses compartidos de la capa burocrático-militar de Estado y la burguesía financiera.

El bloque dominante se sigue articulando en torno a Pinochet y el aparato militar, sin que haya indicios en un corto o mediano plazo de cambios en los mecanismos y modalidades de representación y funcionamiento político de la clase dominante.

De allí surge la debilidad del Partido de Renovación Nacional, agrupamiento político de la derecha chilena, que unifica a fuerzas como la Unión Demócrata Independiente (UDI, neoderecha surgida de la Universidad Católica, como nueva intelectualidad orgánica del capital monopolista), la Unión Nacional (del viejo sector conservador de la derecha, ligado a grupos monopolistas como el de Pedro Ibáñez) y el llamado Frente del Trabajo, de Onofre Jarpa (aglutina a sectores de la burguesía agraria e industrial, descontentos con el dominio monopolístico, sin atreverse a romper con el modelo de acumulación capitalista). El Parena, un intento unificador de la derecha chilena, no alcanza a resolver el problema de fondo de la representación política efectiva

de la gran burguesía chilena, debido, por lo menos, a tres factores: su debilidad sociopolítica para dominar el país sin tutela militar, para hegemonizar una democracia burguesa; por el hecho señalado que ninguna fracción burguesa opone un modelo alternativo al de los monopolios y multinacionales para el desarrollo capitalista; y finalmente, porque el Parena significa para la burguesía financiera una modalidad de negociación interburguesa, de conciliación de intereses con la burguesía agraria, industrial y sectores medios, que no está dispuesta a aceptar sino bajo condiciones de crisis.

Por esas razones, la línea del Parena ha ido cambiando, desde su opción de liderizar la transición a partir del 89 en adelante, a una vía de acumulación de fuerzas social y política, como un partido de la clase dominante dentro del régimen militar, aceptando por lo tanto la continuidad del régimen y la conducción de las Fuerzas Armadas por otro período. Carece de fuerza real de clase para plantearse un proyecto alternativo de transición a partir del 89. En el debate interno del Parena, solamente el sector de Jarpa sigue exigiendo un cogobierno con las Fuerzas Armadas a partir del 89, sobre la base de instalar un gobierno de derecha con apoyo militar para organizar una transición a la democracia burguesa para mediados de la década del 90.

El problema de la transición de la dictadura a la democracia pasa, desde el punto de vista de la clase dominante, por este cambio de representación política -de las Fuerzas Armadas al nuevo partido burgués-, asegurando el liderazgo y hegemonía del "partido de la democracia" para evitar una democratización avanzada, la desacumulación capitalista y el enjuiciamiento de los militares. Esta transferencia de representación política de los militares al nuevo partido o nuevos partidos de la burguesía tenderá a comenzar a partir de la instalación del Parlamento del 89, y no precisamente del plebiscito del régimen con un cambio de jefe de Estado.

### 3. La contradicción política del régimen

Esta contradicción se expresa en el seno del bloque dominante en torno a la continuidad de la dictadura militar pinochetista o la prolongación del régimen militar con un

nuevo liderazgo político, mayor institucionalización y aseguramiento de la hegemonía monopolista. Esta **contradicción de la sucesión del régimen** es característica de las dictaduras militares y regímenes de excepción, desatándose las contradicciones y diferencias de la clase dominante en torno a la designación del sucesor y al problema irresoluto de la legitimación del régimen, para lo cual deben buscar mecanismos de legitimación democrática como plebiscitos y elecciones manipuladas.

Un rasgo característico de esta contradicción del bloque dominante es que no alcanza a ser una "crisis de los de arriba", por la debilidad de una supuesta oposición burguesa, y asimismo es una contradicción que no puede ser aprovechada por el movimiento democrático-revolucionario en la medida en que persista el actual nivel de repliegue político de masas y las carencias de proyecto democrático-popular alternativo al régimen. Y por el contrario, estas diferencias y contradicciones del bloque dominante tienden a ser manipuladas por el propio régimen, como una modalidad para atraer a sectores vacilantes de la pequeña burguesía y del centro político, a la búsqueda de supuestos sectores "democráticos" en la Junta y el régimen militar.

**3.a. Fuentes de la contradicción política del régimen.** En primer lugar, una crisis de futuro de la clase dominante, particularmente por la preocupación imperialista sobre una polarización de la lucha política en Chile, debido al cierre del escenario político para la oposición democrático-burguesa; también, a sus conclusiones de lo sucedido en Irán y Nicaragua, por el agotamiento de regímenes autoritarios personalizados y un rápido ascenso del movimiento opositor, sobrepasando los propios cálculos imperialistas. La presión norteamericana, sobre la base del "caso Letelier", tiene como raíz el aseguramiento de la dominación capitalista en nuestro país y la neutralización de un mayor desarrollo de un movimiento democrático-revolucionario.

En segundo lugar, está la doble modalidad de las contradicciones interburguesas en nuestro país. De un lado, las contradicciones entre los propios clanes financieros, la contradicción intermonopolista por su rol e influencia directa en el aparato estatal. Así se manifiesta con el clan Angellini, interesado en una salida negociada a la democracia,

para lograr una mayor preponderancia en el dominio económico y político; por su parte, los clanes Edwards y Matte, ante su elevado endeudamiento del banco estatal y conciencia de la imposibilidad de su control en el país sin los militares, se juegan por la continuidad del régimen.

De otro lado, se desarrolla la contradicción entre esta burguesía financiera y las fracciones empresariales no monopolistas, por una redistribución de plusvalía, ganancias y mercados, bajo arbitrio y mediación del Estado capitalista. La contradicción interburguesa no se plantea en el terreno de la estructura económica ni tampoco de la estrategia de desarrollo capitalista, sino en el plano de políticas económicas -y por lo mismo puede ser absorbida por el régimen, como ha ido sucediendo en los últimos 5 años- y en el terreno del aseguramiento hegemónico de la dominación monopolista en el Estado. De allí que no haya un verdadero plan de recambio burgués.

Una tercera fuente de contradicciones en el régimen surge por las contradicciones intramilitares, de tipo institucional, por la concentración de poder político-militar en torno al Ejército, en desmedro de las otras ramas del aparato militar; por una personalización del régimen, que compromete al conjunto de las Fuerzas Armadas y el rol marginal de la Marina y la FACH en la toma de decisiones políticas centrales. Estas contradicciones intramilitares se subordinan a las contradicciones en la clase dominante y se articulan con ellas; de tal manera que en el actual período, la tendencia más probable es que no se desaten de modo abierto, precisamente por la atenuación de las contradicciones interburguesas.

**3.b. Manifestaciones de la contradicción política: formas.** En primer lugar, las contradicciones en el bloque dominante se manifiestan en torno a las tensiones entre el gobierno norteamericano y la dictadura pinochetista, por el "caso Letelier", utilizado por el imperialismo para presionar al gobierno para una mayor apertura política hacia la centroderecha. La postura imperialista es la de una apertura del régimen hacia la DC, dentro de su marco político-institucional y plazos políticos -para eso reactiva el "caso Letelier"-; y de otro lado, una mayor derechización de la

DC, forzándola a romper vínculos con la izquierda y a integrarse al régimen militar (la maniobra Gelbard), con una perspectiva de neutralización y aislamiento de una alternativa democrático-revolucionaria, como ha señalado el propio Gelbard en su última visita inspectiva.

El régimen sigue enfrentando esta contradicción con el gobierno norteamericano desde una posición de fuerza por el apoyo financiero de la banca internacional -lo que significa un aval imperialista en los hechos-, por el debilitamiento de las opciones negociadoras de la DC -como han sido el Acuerdo Nacional y Alianza Democrática- y por el propio ocaso político de Reagan por los efectos del "Iran-gate" y su política intervencionista en Centroamérica. Es una contradicción manejable por el régimen, al revés de lo que piensan la oposición democrático-burguesa y los vacilantes de izquierda que se ilusionan a cada paso con el "inminente" recambio burgués, por cuanto se trata de una presión diplomática, muy lejos de un boicot o intervención abierta, que produce un efecto cohesionador en el propio régimen, por la manipulación del "nacionalismo" en las Fuerzas Armadas.

En segundo lugar, la otra forma de la contradicción del bloque dominante se expresa en la cuestión de la representación política de la clase dominante, centrada por ahora básicamente en la política continuista del gobierno y el afán liberal del Parena de la transición a la democracia, con el consiguiente traspaso de representación política.

La postura del Parena fue variando desde una línea de exigir la reforma del artículo 27 transitorio, para abrir el escenario electoral a un candidato civil de la burguesía -como exigían Jarpa, Jaime Guzmán, Allamand-, a una línea de aceptación del plebiscito con candidato único, pugnando ahora por imponer un líder civil que lentamente se va desdibujando, para aceptar la candidatura única del propio Pinochet.

La resolución de esta contradicción de representación política se debió básicamente al alineamiento de la clase dominante con el régimen militar, como también a la maniobra política del gobierno de resituar a la cabeza del gabinete a Sergio Fernández y otros personeros ligados a la UDI, para neutralizar al Parena, atrayéndolo al proyecto político

de continuidad del régimen con su nuevo discurso triunfalista de "las 7 proyecciones", muy similar a "las 7 modernizaciones" con las que encaró los inicios de la década del 80 y el plebiscito constitucional.

La tercera forma de esta contradicción se da en las Fuerzas Armadas, en su vértice institucional, la Junta de gobierno, por las diferencias en la designación del candidato. Pinochet enfrentó estas discrepancias y opiniones sobre un "candidato civil" con una prolongada maniobra de aseguramiento de su mando en el Ejército, al efectuar una serie de cambios, iniciada en 1986, y cambios sucesivos en la propia Junta del representante del Ejército (Benavides, Canessa, para llegar a Gordon).

El apoyo imperialista, de la clase dominante, el control del Ejército, la neutralización de la negociación interburguesa, le han permitido a Pinochet ir resolviendo esta contradicción político-institucional, de tal modo que ha ido desapareciendo la línea del "candidato civil" y sólo queda la condicionante que la relección signifique su retiro del Ejército como comandante en jefe, que es el punto específico donde se concentra el debate en la Junta, problema que se resolverá después del plebiscito del 88, con la iniciativa en manos del dictador.

La tendencia más probable es que estas manifestaciones de contradicciones políticas en la clase dominante, en el bloque en el poder, se sigan resolviendo a favor de la línea continuista del gobierno y del régimen, de una prolongación indefinida de la dominación monopólico-imperialista, con Pinochet a la cabeza del Estado por otro período.

#### 4. La estrategia de consolidación del régimen

La dictadura pasó, con posterioridad al paro de julio, de una estrategia defensiva de administración de su crisis a una estrategia ofensiva de consolidación político-institucional y continuidad del régimen, que se desarrolla en función de los siguientes objetivos:

**4.a. La implantación de un terreno político propicio.** El gobierno comenzó a situar el escenario electoral para el plebiscito-fraude, a partir de la dictación de las leyes políticas complementarias, forzando el realineamiento de la derecha con este rayado de la cancha político-institu-

cional, como también presionando la derechización y cambio de línea de la DC.

El régimen ha logrado ubicar el electoralismo como forma de acción de la oposición democrático-burguesa y un sector vacilante de izquierda, y en los hechos ha impuesto el plebiscito en las condiciones de la dictadura a este mismo sector reformista que está preparándose para participar en este nuevo fraude.

La aceptación de la institucionalidad y del plebiscito del régimen por un sector reformista opositor es un claro logro estratégico de la dictadura y del imperialismo por la "maniobra Gelbard".

**4.b. La anticipación de la campaña electoral de Pinochet.** Esta campaña, que comenzó hace un año, el 9 de septiembre del 86, en medio del estado de sitio, fue anticipada por el gobierno para crear una clara posición de fuerza en el bloque dominante, en particular en la Junta de gobierno, que haga posible la nominación de Pinochet como candidato único del régimen.

En el desarrollo de esta campaña electoral, el gobierno ha utilizado al Ejército, presionando a las otras ramas del aparato militar, como también el aparataje burocrático, removiendo alcaldes y alineando a los municipios, para ampliar la base social de sustentación del dictador. La primera fase de esta campaña está casi terminada, por la aceptación casi inminente de Pinochet como candidato único del bloque dominante. Surge así una segunda fase en función de trabajar una "imagen" populista, para generar alguna adhesión de masas, destinada a captar votación electoral.

**4.c. Manejo de un populismo económico para generar adhesión.** Este populismo del régimen no es una línea contraria a los intereses de la oligarquía financiera, como sucedió con el populismo en América Latina en la década del 30, sino que es parte de la estrategia de perpetuación del dominio del capital financiero.

Este "populismo electoral" tiene tres direcciones: una de ellas es la aceleración de la privatización de empresas estatales, para tranquilizar a multinacionales y grupos monopolistas. Una segunda es la solución de los problemas del

endeudamiento interno de fracciones empresariales arruinadas, como sucede con los empresarios agrícolas, utilizando créditos del BID para tal efecto. La tercera variedad de este populismo "sui generis" está dirigida a sectores populares empobrecidos, manipulando el problema de la vivienda, con la entrega de subsidios habitacionales, buscando votos y apoyo electoral por medio de la explotación de la miseria popular.

Este manejo de la campaña electoral busca el apoyo del conjunto de la clase dominante y una votación masiva de sectores desposeídos, utilizando la caja electoral de US\$ 1.100 millones conseguidos con la postergación del pago de los intereses de la deuda externa para 1989.

**4.d. Estabilización del frente externo.** La dictadura lleva adelante su proyecto político en medio de presiones yanquis y de círculos capitalistas por una descompresión política hacia la DC. Para estos efectos, como lo dejó en claro en el discurso del pasado 11 de septiembre, el gobierno está dispuesto a recurrir al "nacionalismo", para generar cohesión en el bloque dominante y las FF.AA., transformando la presión externa en apoyo pinochetista y una mayor cohesión del régimen.

Asimismo, con algunas medidas publicitarias, como la firma del Pacto de Derechos Humanos, el régimen busca suavizar su imagen represiva en el exterior, jugando con el drama del exilio de miles de chilenos.

**4.e. Integración del centro al sistema y desarme de la negociación,** con una doble operación de cierre de espacios de negociación y apertura de espacios de participación en el sistema autoritario, en las condiciones del gobierno. El objetivo estratégico del régimen es ubicar como escenario del acuerdo interburgués, el futuro Parlamento del 89, en los marcos del tutelaje militar, la hegemonía monopolista y exclusión del movimiento obrero y de la izquierda.

La dictadura logró despejar el fantasma de una negociación interburguesa prematura, haciendo "juego de piernas", como afirmó el propio Pinochet, y ahora se apresta a asimilar una DC derechizada, forzando su desmovilización, el arrinconamiento de su sector progresista y la ruptura de vínculos con la izquierda. El problema de la dictadura, desde el punto de vista de la DC, ha pasado a ser el de



su integración sin mayores concesiones y el de una mayor derechización para garantizar la continuidad del sistema.

#### 4.f. Aislamiento y desarme de la alternativa popular.

Este objetivo estratégico permanente de la dictadura desde sus orígenes se está desarrollando a través de una ofensiva ideológica, jurídica, represiva y política, para lograr la neutralización y desarme de la alternativa propia del pueblo.

La ofensiva ideológica del régimen busca cuestionar la legitimidad de una amplia alianza opositora, colocando como supuesto dilema el de "democracia o comunismo" en el cual van cayendo sectores reformistas de centro y de la propia izquierda; y asimismo, deslegitimar el uso de todas las formas de lucha, agitando el fantasma de la "guerra civil" -cuando precisamente este régimen inició una verdadera guerra contra el pueblo, una guerra civil hace ya 14 años!- y acusando a sectores de izquierda de una "militarización de la política", cuando esta dictadura no es sino la expresión concentrada de esa militarización de la política por parte de la burguesía chilena.

Del tema de las alianzas amplias, que forzó en parte el sesgo excluyente en el interior de la DC, el régimen, con el problema de las formas de lucha, forzó retrocesos ideológicos y políticos en sectores de la propia izquierda, que en el último tiempo fueron dejando atrás sus definiciones de tipo insurreccional para adoptar una supuesta "vía electoral" a la democracia.

En la ofensiva jurídico-represiva, el gobierno ha potenciado a las fiscalías militares -en particular al fiscal Torres-, concentrando poderes para un intento frustrado de desmantelamiento de los aparatos combativos de la izquierda, sobrepasando a los tribunales civiles con el beneplácito de los corruptos jueces de la Corte Suprema. Esta línea jurídico-represiva no sólo se ha dirigido a la resistencia armada, sino, también a la Vicaría de la Solidaridad y otros sectores políticos opositores.

La ofensiva represiva antipopular se desarrolla también por la política de contrainsurgencia, con allanamientos masivos a diferentes sectores, con el pretexto de la

busqueda del teniente coronel Carreño y de la inminencia de una huelga general, para contener una mayor reactivación de la lucha opositora de masas y amedrentar a las fuerzas sociales movilizadas. La línea de aniquilamiento selectivo, que el régimen nunca ha abandonado, se expresó en toda su cruel magnitud con el asesinato masivo de 12 combatientes del FPMR, tratando de dar un golpe decisivo a la opción de derrocamiento del régimen y de desarme mayor de la alternativa propia.

En lo político, la ofensiva del régimen busca mantener a raya a la izquierda fuera del sistema, transformándola en mera "disidencia", neutralizando su alternativa propia. Indudablemente, el desarme del MDP ha favorecido estos planes del régimen, de un aislamiento político de los partidos y organizaciones revolucionarios y la opción democrático-popular.

#### 4.g. El manejo del tiempo político para el plebiscito.

El régimen, en la medida en que va acumulando fuerzas, neutralizando a la derecha, derechizando al centro y arrinconando a la izquierda, crea condiciones para anticipar el plebiscito.

El tiempo político lo controla el gobierno, por cuanto al ser expresión de las fuerzas en conflicto y al no existir una real alternativa de poder en el corto plazo, lo mas probable es que aproveche una coyuntura propicia durante el 88 para precipitar una definición plebiscitaria.

El problema del régimen para lanzar el plebiscito en una coyuntura propicia no es -como han sostenido sectores reformistas de centro y de izquierda- el del número de inscritos, sino el manejo de las contradicciones en el bloque dominante, tanto en las relaciones con el imperialismo como en el seno de las Fuerzas Armadas. De allí que la anticipación del plebiscito este ligada a las elecciones presidenciales norteamericanas del 89, optando el gobierno por llevar a cabo su tercer fraude electoral bajo un gobierno republicano, antes que un previsible gobierno de los demócratas, para contener adecuadamente las nuevas presiones externas. Asimismo, la resolución de los problemas de la designación

del candidato de la clase dominante crea condiciones para anticipar el plebiscito-fraude con el mínimo apoyo social de esta dictadura terrorista.

## II. LA DC: ENTRE LA OPOSICION Y LA CLAUDICACION

El fracaso de la estrategia negociadora de la DC en los últimos años ha abierto paso a un período de inestabilidad hegemónica en el centro político y revisión de líneas políticas, en la perspectiva de una nueva estrategia electoralista de integración al sistema, para intentar una reforma desde adentro, con la aceptación de la tutela militar y dominio monopolista.

### 1. La debilidad del proyecto centrista

El llamado "proyecto alternativo" trabajado por la DC y sus aliados centroizquierdistas de transitar negociadamente a una democracia burguesa, sobre la base de un nuevo consenso interburgués, se ha ido debilitando, debido a un factor esencial: la oposición empresarial al régimen y al dominio monopolista tiende a resolver sus diferencias y contradicciones de clase en el marco del sistema y hegemonía del capital financiero, careciendo de un proyecto alternativo, de una nueva estrategia de desarrollo capitalista.

En el Parena se han ubicado los sectores descontentos de la burguesía agraria e industrial que tratan de renegociar sus deudas con la oligarquía financiera sin cuestionar el modelo de acumulación monopolista. El comportamiento político de la burguesía no monopolista refleja la desconfianza tradicional de la burguesía agraria hacia la DC, por su política de reforma agraria; y también, la inseguridad de la arruinada burguesía industrial, temerosa de enfrentar el descontento obrero latente en las fábricas sin el escudo protector de los militares.

La DC no interpreta a este empresariado descontento y sólo llega a la pequeña burguesía propietaria, comerciantes minoristas y empresarios transportistas, afectados por la acción centralizadora de los monopolios.

La debilidad del proyecto centrista surge por la carencia de una verdadera oposición de clase burguesa, de fracciones no monopolistas, y por el hecho de que el conjunto de la burguesía se inserta en los marcos de representación del régimen militar, sea a través del aparato militar o de algún sector de la derecha. De allí que la línea de recambio burgués sea irrealista en las actuales condiciones, por cuanto no hay ninguna fracción de clase diferenciada de la burguesía financiera, capaz de impulsar una estrategia de desarrollo capitalista, por el peso de la dependencia externa, la inmensa centralización de la propiedad, la nueva transnacionalización del capitalismo chileno.

### 2. La hegemonía de clase en la DC

Se ha producido un cambio de directiva en la DC, que marca una nueva calidad, no sólo por el cambio de estrategia y táctica, sino también por la modificación de hegemonía de clase en su interior.

La crisis de la estrategia negociadora y la mencionada crisis de representación política de la DC hacia sectores burgueses no monopolistas fue abriendo paso a un fenómeno nuevo: el avance al interior de ella de la corriente ligada a los clanes financieros como el de Angellini (impulsor del Acuerdo Nacional) y Luksic, sobre la base de una profunda revisión de la línea política del 83, reorientándola hacia la búsqueda de un acuerdo interburgués sin alianzas con el movimiento obrero y popular, en condiciones de desmovilización, de aceptación de la institucionalidad autoritaria y de la hegemonía monopolista.

La nueva directiva Aylwin-Hamilton refleja esa hegemonía del capital financiero al interior de la propia DC y la acentuación de su carácter proimperialista, con un cambio de carácter de la oposición democrático-burguesa: de la búsqueda de una negociación interburguesa entre los monopolios y la burguesía no monopolista, en alianza con capas medias y sectores populares -como era el proyecto original de la DC-, se va tendiendo a una negociación entre

diferentes representantes de los clanes financieros, con tendencias excluyentes a sus aliados populares.

En la misma formación de la directiva de Aylwin se reflejó ese carácter excluyente hacia la base popular, por cuanto el nuevo giro determina la busca de acuerdos con el régimen y con los clanes financieros.

La derrota del sector popular de la DC demostró, una vez más, el verdadero carácter de clase de este partido, del populismo centrista, adelantando el proceso inevitable que se iba a producir en la transición a la democracia burguesa, del cambio de hegemonía al interior de la DC.

Asimismo, esta derrota reflejó la equivocada política de alianzas del MDP, basada en el debilitamiento de la alternativa propia, por cuanto la corriente popular de la DC debió enfrentar este conflicto político sin tener una real alternativa democrático-popular que hubiese sido atractiva para redefinir a sectores de base de la propia DC. El debilitamiento de la alternativa propia del pueblo repercutió en este arrinconamiento del sector popular democratacristiano.

Sin embargo, la fuerza de estos últimos no deja de ser estimable como expresión del descontento antidictatorial, particularmente en su juventud y sectores obreros. Ellos seguirán impulsando su línea de "unidad social del pueblo" y de "movilización social", como modalidades de lucha por la democracia, de acumulación de fuerzas internas, de defensa frente al avance derechista.

El conflicto político al interior de la DC con este nuevo **viraje estratégico** se irá desarrollando con tendencias al arrinconamiento y exclusión-marginación de la base popular y tendencias a la autonomización de políticas en el movimiento de masas por parte del sector progresista, que, con posterioridad al plebiscito pinochetista, entrará a una fase definitiva.

Más que nunca surge con necesidad histórica el imperativo de la alternativa propia del movimiento obrero y popular para conquistar la democracia, para romper la creciente hegemonía del capital financiero y dar conducción a los sectores progresistas y populares del centro político, sin concesiones sustantivas, como ha sido el estilo de parte de la izquierda en estos últimos años, con los resultados

conocidos de una derechización y viraje estratégico de la DC.

### 3. La contradicción política del centrismo

La DC y sus aliados, frente a la crisis de su estrategia negociadora, han pasado a una nueva estrategia política de integración progresiva al sistema, con readecuaciones tácticas. En este proceso se ha ido reflejando la contradicción política **entre reforma democrática desde afuera o reforma democrática desde dentro del régimen militar**, conteniendo las contradicciones de clase en el seno de estas fuerzas políticas, entre aceptación del dominio monopolista o búsqueda de un liderazgo mediador pequeñoburgués interclases.

La línea de la reforma desde fuera del sistema, planteada por el propio Frei desde 1975, cuando se negó a integrar el Consejo de Estado del régimen, se basó en una acumulación de fuerzas en la sociedad civil, la recomposición del régimen de partidos políticos con un cambio de carácter de la izquierda y sectores de derecha -absorbidos y hegemonizados por la propia DC-, la neutralización de una alternativa democrático-revolucionaria, el rechazo a la institucionalidad del régimen con una línea de desobediencia civil y la búsqueda de una negociación desde fuera, potenciando el desarrollo de un sector democrático de las Fuerzas Armadas, sobre la base del apoyo imperialista.

Esta línea fracasó por diversos factores: en primer lugar, el recambio sólo era posible si el régimen estaba dispuesto a negociar, a abandonar el poder político, lo que se fue demostrando como inviable; en segundo lugar, fracasó la búsqueda de representación en la propia burguesía no monopolista; en tercer lugar, la DC no logró potenciar a ningún sector democrático en las FF.AA. y, por el contrario, el gobierno ha seguido controlando y cohesionando el aparataje militar del Estado; en cuarto lugar, los intentos de manipulación de la derecha se fueron desdibujando por las maniobras de la clase dominante y el gobierno, recapturando a esta derecha a la deriva política; y en relación con la izquierda, si bien logró avances en el reformismo de izquierda, no ha logrado neutralizar el desarrollo de una izquierda revolucionaria en las masas; en quinto lugar, el carácter excluyente de sus alianzas políticas limitó su fuerza de negociación

en coyunturas claves de debilidad del régimen; en sexto lugar, el carácter de la movilización para presionar o abrir la negociación siempre fue a medias, con avances y retrocesos, no logrando aislar y arrinconar a la dictadura.

Así se fue abriendo paso la nueva línea de la reforma desde dentro del régimen, que no es un simple paso táctico, sino que es un viraje estratégico, potenciado por el imperialismo como una salida a la crisis política y por los sectores empresariales ligados al centrismo. En este viraje político, la DC toma las banderas que va dejando abandonadas la derecha, como es la reforma del artículo 27 transitorio, aceptando implícitamente la Constitución e institucionalidad del régimen.

El avance de esta nueva línea política de "reforma desde dentro" tiene lugar en medio de contradicciones y diferencias en tres cuestiones centrales: la actitud frente a la institucionalidad del régimen, el carácter de la movilización y el manejo y amplitud de las alianzas.

La directiva Aylwin no sólo logró ganar a su partido para la inscripción en los registros del régimen, sino que además adelantó los trámites de inscripción, a pesar de las protestas de la dirección juvenil de Sandoval. La línea Aylwin no sólo apunta a la inscripción como partido, sino a participar en todas las instancias del régimen, partiendo por el plebiscito del 88, para concentrarse en las parlamentarias del 89. Esta contradicción sobre la inscripción o no inscripción que sacudió a la DC durante el primer semestre de este año, en el fondo era la contradicción entre integración o no integración al sistema político autoritario, de tal manera que, al resolverse a favor de la inscripción, lo que se determinó fue la adopción del camino de la oposición burguesa en Brasil, de una lucha al interior del sistema, con plazos más largos, aceptando el tutelaje militar y la estrategia de desarrollo capitalista dependiente de los monopolios.

En relación con la movilización, la derecha demócrata-cristiana fue imponiendo su hegemonía en dos tiempos políticos: en una primera fase, con la "campaña por elecciones libres", logró frenar la movilización social e introducir la mentalidad electoralista en el reformismo, de centro y sectores de la propia izquierda, a sabiendas que tal campaña

no lograría su objetivo de fondo, el de la reforma constitucional. De tal modo que el único objetivo de la "campaña por elecciones libres" fue generar un realineamiento político opositor en función de la supuesta "vía electoral" a la democracia.

En una segunda fase, con el control del partido, la directiva Aylwin se apresta a proclamar el candidato de la oposición democrático-burguesa, para participar en el plebiscito del 88, aceptando en los hechos la exclusión del movimiento obrero y de la izquierda.

La movilización electoral ha pasado a ser el camino oficial del PDC y sus fieles aliados del PS-Núñez, para hacer posible su línea de claudicación frente a la dictadura. La "campaña por elecciones libres" ha resultado ser la introducción política a la campaña electoral del 88 por el "voto no", y por tanto, un fraude político masivo en la propia oposición, encubriendo el viraje con una supuesta movilización por la reforma constitucional.

Sin embargo, es en relación con este aspecto donde se ha producido una reacción con tendencias autonómicas del sector progresista de la DC, dispuesto a no abandonar el camino de la movilización social. Así, la convocatoria a la huelga general del 7 de octubre, aceptada por Bustos en el CNT, tiene no sólo el componente de la presión obrera por reajustes de sueldos y de los sectores consecuentes de la izquierda por una reactivación de la lucha política de masas, sino que también el factor de la resistencia del ala sindical progresista de la DC a una desmovilización y pérdida de posiciones.

Lo mismo sucede con la JDC en relación con la lucha en las universidades contra la intervención militar, jugándose por mantener en los hechos el camino de la movilización social. De esta manera, la contradicción entre vía electoral y movilización social seguirá siendo uno de los ejes de la confrontación entre la directiva derechista de la DC y el sector progresista.

La tercera cuestión contradictoria dice relación con la amplitud de las alianzas hacia la izquierda, siendo línea oficial de la DC el fortalecimiento de sus alianzas con el sector reformista y oportunista de la izquierda, con

una ruptura de pactos y compromisos con los partidos y organizaciones revolucionarios.

Este problema de las alianzas, en el campo sindical y estudiantil, está siendo manejado por la DC con una amplitud que está llegando hasta el almejdismo, sobre la base de su redefinición electoralista.

Es importante indicar que el sector progresista de la DC no puede ir más allá de la unidad de acción con partidos de izquierda en el seno del movimiento social. De allí que sea irrealista la reiterada política frentista de sectores de izquierda que sacrifican la alternativa propia en aras de un supuesto frente amplio opositor, que no se corresponde con los desplazamientos de hegemonía de clase en el centro y el carácter estratégico de su viraje político.

#### **4. La nueva estrategia electoralista de la DC**

La DC abandonó su línea negociadora de los últimos años porque no tuvo cómo negociar con el régimen ni fuerza para consumar sus propósitos mediadores. La nueva estrategia centrista se basa en una acumulación de fuerza electoral dentro de la institucionalidad del régimen, para intentar una progresiva reforma del sistema autoritario con el apoyo activo del imperialismo.

Esta estrategia electoralista de Aylwin-Hamilton tiene su modalidad de acumulación de fuerzas, escenarios, tiempo de desarrollo, alianzas internas y externas y operaciones políticas para lograr sus objetivos reformistas.

**4.a. La creación de una masa electoral.** El tipo de fuerza política que necesita la directiva DC para su estrategia es de carácter electoral y no rupturista o extrainstitucional, como era en el período anterior. Esta acumulación de masa electoral se basa en la línea táctica de la inscripción masiva, orientada por el reformismo centrista, para las futuras "batallas electorales": plebiscito del 88 y parlamentarias venideras. Con esta fuerza electoral o institucional, la DC espera lograr una posición política que le permita abrir paso a una negociación en los marcos del régimen.

**4.b. El cambio de las formas de lucha.** El viraje estratégico centrista también contiene un cambio en las formas de lucha: del camino de la movilización social es decir, de la lucha reivindicativa y política de masas

en el plano extrainstitucional- se busca pasar a una forma de lucha electoral, de comités cívicos y movilización institucional, exenta de paros y protestas, para neutralizar el avance de la alternativa democrático-popular y favorecer su inserción en los escenarios oficialistas.

Este cambio de las formas de lucha -que llevó a Brunner a proclamar el fracaso del camino de los paros contra el régimen- no es tan fácil para la DC, ante la necesidad de las fuerzas sociales de luchar por sus reivindicaciones básicas. La lucha de clases, la lucha del pueblo en un sentido más amplio, no surge o se frena por decreto, sino que se genera por problemas concretos, como son hoy día la brutal intervención militar en las universidades, la falta de viviendas, la discriminación del pueblo mapuche, los reajustes inferiores al alza del costo de la vida, la cesantía, etc.

Así, a pesar de haberse intentado durante todo este año imponer la forma de lucha electoral, por la vía de campañas de inscripción masiva -que impulsó a Maira a diagnosticar equivocadamente que la movilización avanzaría por ese camino "institucional"-, lo que ha sucedido es que la lucha de masas se ha ido reactivando a partir de las reivindicaciones concretas del pueblo, con contenidos rupturistas en cada una de ellas, como lo demuestra tanto el conflicto de la Universidad de Chile, como el llamado a huelga general del CNT.

**4.c. El copamiento del escenario electoral.** La nueva estrategia DC se apresta a cambiar de escenario en la confrontación con el régimen, aceptando la cancha rayada por la dictadura, para lograr sus objetivos de una progresiva reforma de la dictadura. La estrategia centrista pasa por la aceptación de la Constitución y leyes políticas del régimen, esto es, de su institucionalidad en desarrollo, ante la imposibilidad de cambiarla desde fuera.

El problema estratégico para la DC es que este terreno político es el más favorable a la dictadura, que no sólo impone sus condiciones, sino que también controla por diferentes mecanismos las eventuales tentativas reformistas: la gestación de un Congreso de segundo orden tutelado

por el Consejo de Seguridad Nacional y el reaccionario Tribunal Constitucional, con la exigencia de mayorías parlamentarias imposibles de lograr para una reforma constitucional sin el consentimiento del régimen, hace prácticamente imposible esta línea reformista sin el concurso de las Fuerzas Armadas y la clase dominante.

El escenario político-institucional está copado de principio a fin por la dictadura, de modo que al definir los pasos de la inscripción como partido político en la legalidad autoritaria, la DC está aceptando no sólo la legitimidad imperante, su legalidad espuria, sino que también la extensión del régimen por otro período.

**4.d. La nueva modalidad de negociación interburguesa.** El camino que comienza a recorrer la DC está destinado a buscar un acuerdo interburgués en un marco aceptable para el capital financiero. Ya no se trata de buscar una negociación sobre la base de una movilización social, en que la DC trata de mediar entre oposición y dictadura, como sucedió en agosto del 83, para, sobre esa base, reconstruir una nueva hegemonía burguesa. Ahora se trata para la DC de solucionar el problema de representación política de la clase dominante, buscando representarla en el escenario oficialista en disputa con el propio Parena y durante una hipotética transición a la democracia, con las Fuerzas Armadas.

El consenso interburgués se comienza a dar en los marcos de la hegemonía monopolista, en el contexto jurídico-político de su régimen autoritario. De allí el carácter excluyente de esta "nueva democracia", que sólo está construida para las fuerzas que aceptan el régimen capitalista, con marginación de los partidos que aspiran a una sociedad socialista.

La negociación interburguesa se comenzará a producir en el contexto del futuro Parlamento, si es que reúne condiciones mínimas para la integración centrista, siguiendo el esquema de la evolución del régimen militar brasileño y las relaciones que se fueron produciendo entre el partido oficialista Arena y el frente de partidos conducido por la burguesía opositora, el MDB. En el caso de nuestro país,

se pretende reproducir este régimen bipartidista entre un Parena y un Partido por la Democracia, sometiendo a un sector vacilante de la izquierda a esta modalidad de encuentro interburgués y marginando a los partidos que levantan la alternativa propia del pueblo.

**4.e. La nueva política de alianzas.** Este viraje estratégico de la DC importa también una derechización de sus alianzas, siendo probable que luego de una acumulación de "fuerza electoral propia", se dirija a mejorar sus relaciones con el Parena, dejando atrás su intento de refundar a la derecha chilena, en función de presentar una alternativa civil conjunta en el marco del plebiscito del 88 o incluso un candidato de consenso único, negociado con las Fuerzas Armadas.

El fracaso del camino refundacionista del sistema político, por parte de la DC, con su intención de solucionar el problema de los "tres tercios" políticos por la vía de la hegemonización de sectores de derecha y de izquierda, ha llevado a este partido a definir una línea de ruptura de pactos y compromisos en los frentes de masas con la izquierda rupturista, de partidos y organizaciones que levantan un proyecto propio de la clase obrera y el pueblo.

En este manejo excluyente de su política de alianzas hacia el movimiento popular, la DC se muestra interesada en el fortalecimiento de un PS derechista y reformista, haciendo evidentes esfuerzos en la acentuación del viraje político del almeydismo, para dar paso a un partido parlamentario socialista que avale su estrategia integrativa al régimen y contribuya a su acumulación de fuerzas y estabilización del capitalismo.

El desarrollo de esta política de alianzas tiene sus problemas hacia la derecha como la propia izquierda: de una parte, el Parena se dispone a luchar por liderizar la transición a la democracia a partir del 89, en disputa con la propia DC; y de la otra, la dictadura con su política represiva y excluyente limita los avances reformistas y oportunistas en los sectores vacilantes de la propia izquierda, forzándolos a mantenerse al margen del sistema.

**4.f. La acentuación de la dependencia externa.**

Al aceptar la línea de integración al régimen, por presión imperialista como la realizada por Gelbard con posterioridad al paro de julio del 86, la DC pasa a depender en mayor medida de la presión norteamericana para persuadir al régimen a aceptar una política de reformas graduales desde dentro. La nueva directiva centrista satisface en mayor medida las exigencias del Departamento de Estado; y asimismo, la línea política de transición a la democracia -como la política económica de un futuro régimen democrático- estará cortada a la medida de los intereses imperialistas, incluyendo el manejo de la deuda externa, como ha expuesto Fernando Léniz, hombre del clan Angellini y constructor del Acuerdo Nacional.

La evolución del régimen militar pasa a depender de la voluntad de la propia clase dominante -monopolios y transnacionales- y de las Fuerzas Armadas. Al abandonar la DC el camino de una lucha ascendente y continuada de masas, de la presión social para negociar pasa a un camino basado en la presión externa, para ir abriendo puertas y rendijas de negociación política con el régimen.

4.g. La operación plebiscitaria del 88. Al imponer, la actual directiva, la línea electoralista de la "campaña por elecciones libres", se fijaron las condiciones para designar el candidato opositor -es decir, proclamar el fracaso de la campaña reformista de la Constitución de antemano- y participar en el plebiscito. Los hechos han demostrado el fracaso de esta campaña sin fuerza, como una mera táctica de realineamiento político y redefinición de estrategias de lucha. La directiva DC ha comenzado a preparar su participación en el plebiscito del 88 con el candidato centro-derechista y un programa de gobierno, trabajando un pacto electoral con sectores de izquierda reformista y de derecha.

En la estrategia centrista no está presente una variante "filipina" de provocar un levantamiento social por un fraude político-electoral. La directiva Aylwin no fue designada para encabezar un auge rupturista de la lucha de masas con la dictadura, sino para meterse en su escenario político-institucional hasta el fin. De modo tal que dentro de esta estrategia, la operación política plebiscitaria del

"voto no" está orientada a acumular fuerza y posiciones para ampliar su participación en el Parlamento del 89.

### III. LA IZQUIERDA: ENTRE LA REFORMA Y LA RUPTURA

El movimiento electoralista impulsado por la clase dominante comienza a llegar a sectores políticos vacilantes de la izquierda, pero no logra penetrar en profundidad el movimiento de masas, que por su experiencia de lucha y por un instinto político se resiste a plegarse a una línea de claudicación democrática.

En un triple movimiento de fuerzas y líneas en el escenario político se manifiesta el cambio de línea de la propia derecha, que abandona su política de reforma constitucional del artículo 27 transitorio, por una línea de aceptación del plebiscito pinochetista sin más exigencia que alguna participación en la designación del candidato único del régimen. De su parte, la DC, en un proceso conflictivo de derechización -por la resistencia de su sector progresista-, va recogiendo las banderas reformistas de la derecha, pugnando por una reforma constitucional para insertarse en el juego electoral del 88, cambiando su línea de desobediencia civil por una línea de acatamiento institucional. Y en esta serie de desplazamientos, le toca el turno a un sector reformista y oportunista de izquierda, que ve llegada la hora para despojarse de sus líneas rupturistas e insurreccionales, para tomar la línea de presión de masas que trata de abandonar la DC, jugándose además por un definitivo viraje político en todos los partidos de izquierda y un aislamiento del movimiento revolucionario.

De esta manera, sólo aquellas fuerzas políticas, como nuestro Partido y otras organizaciones que no han

variado su posición y estrategia, pueden asumir a plenitud la lucha por la alternativa democrática del pueblo. En estos procesos políticos definitorios, se van desarrollando fenómenos que se relacionan con el proyecto autónomo de los trabajadores y del pueblo, la hegemonía política de clase, cuestiones de estrategia y táctica para enfrentar a la dictadura militar, que determinan el avance de una coyuntura crucial para la izquierda, por la implicancia estratégica de las definiciones que se adoptan.

### 1. El proyecto democrático del pueblo

Un proyecto político de izquierda, en el actual período, sólo puede definirse por su capacidad para representar los intereses de la clase obrera y el pueblo en la lucha por la democracia, con independencia política y fortalecimiento de su capacidad hegemónica para liderizar al conjunto de fuerzas sociales en contra del régimen militar.

Lo esencial de este proyecto está en su ligazón de la lucha por la democracia con la perspectiva de la construcción socialista, con el fin de resolver las contradicciones estructurales planteadas por el avance de la dictadura y del capitalismo dependiente. La posibilidad de articular ambos procesos está dada en la acumulación de fuerzas para encabezar el derrocamiento del régimen por el movimiento popular, conjugando en un mismo movimiento la crisis de la dictadura con la crisis del capitalismo y su dominación en nuestro país.

De allí la interacción, la relación estrecha entre el proyecto político autónomo y la estrategia de lucha rupturista.

En la coyuntura que vivimos ha quedado en claro **la existencia de dos proyectos en la izquierda y el movimiento popular**: uno de carácter dependiente de la burguesía y pequeña burguesía democrática, que no cuestiona la prolongación de la dominación capitalista y sólo plantea la búsqueda de una igualdad formal y la atenuación de las contradicciones sociopolíticas. Frente a este proyecto subordinado a la DC está, el proyecto democrático-popular que ha ido avanzando con altibajos desde 1983 en adelante.

La confrontación de estos dos proyectos en la izquierda se ha expresado en el plano de la estrategia,

táctica (por la interdependencia señalada) y en el del frente político, con un debilitamiento transitorio del proyecto democrático-popular, pero con la mantención de factores que lo siguen potenciando como necesidad histórica:

**1.a. El vacío programático.** El desarme del MDP producido este año y la falta de explicitación, difusión masiva y sistemática del Programa de los 12 puntos fueron generando un vacío ideológico-político en los sectores más activos del movimiento social, debilitando el avance de una conciencia democrático-popular.

El tacticismo, el coyunturalismo, con sus políticas de corto alcance encubiertas en una retórica grandilocuente, ha estado asociado a este desprecio programático, por el trabajo ideológico-político en las masas, para evitar un mayor comprometimiento de la izquierda con una alternativa propia y con su estrategia de poder.

Este factor subjetivo -el grado de desarrollo de la conciencia democrática y socialista en las masas- se relaciona con el estado en que se encuentran los partidos populares, el grado de maduración de auténticas vanguardias revolucionarias. A pesar de este déficit, se mantiene una latencia revolucionaria en las masas, una predisposición a preservar su autonomía política, a no claudicar, que sienta las bases para una reideologización en la medida en que se vinculen los sectores activos de las masas con una auténtica izquierda en el próximo período.

**1.b. El largo repliegue de masas.** La desmovilización de más de un año -agosto del 86 a octubre del 87- fue el escenario propicio para los giros a la derecha en el seno de la DC y de partidos del MDP y de izquierda.

El repliegue social no fue producto de factores operativos, como la caída de arsenales o los efectos del atentado a Pinochet, sino producto de factores ideológicos y políticos, como el viraje a la derecha de la DC, con abandono de su línea de movilización social por una de corte electoral que no logró prender en las masas; y al mismo tiempo, por el avance oportunista en el MDP y la izquierda, con su secuela de cambios de líneas rupturistas por estrategias electoralistas, generando una desorientación y confusión en el pueblo.



El estado de ánimo de las masas durante este año, caracterizado por esa desorientación-confusión, reflejó el impacto de los virajes derechistas y no el impacto de fracasos operativos.

Este factor objetivo -el nivel de la lucha de masas- ha contribuido al debilitamiento transitorio del proyecto democrático popular. Por tanto, en la medida en que se mantenga la ofensiva popular expresada en la huelga general del 7 de octubre, nuevamente se crearán condiciones para fortalecer la alternativa propia. De allí las virulentas reacciones de la directiva DC contra la movilización social rupturista, por cuanto afecta su maniobra central de desarme de la izquierda y desmovilización social.

En esta dialéctica de la lucha democrática del período, lo más probable es que, en la medida en que se eleve la lucha política y reivindicativa de masas, se irán sentando las bases materiales para retomar el proyecto democrático-popular; y asimismo esta lucha del pueblo sólo podrá ascender en continuidad y profundidad en la medida en que exista un claro referente de izquierda que asuma la alternativa propia, con difusión del programa y desarrollo de una estrategia rupturista de lucha.

**I.c. El avance oportunista en la izquierda.** Un tercer factor, de naturaleza subjetiva, que ha contribuido al retroceso del proyecto democrático del pueblo es el avance de sectores de oportunistas de izquierda, que aprovechando el prolongado repliegue de masas, han consumado su maniobra de neutralización de la alternativa de izquierda, tratando de arrinconar las estrategias de lucha rupturistas e insurreccionales.

Estos sectores de dentro y de fuera del fenecido MDP comenzaron a levantar la tesis de la inviabilidad de la revolución democrática y popular, postulando una "salida política" a la crisis nacional, sobre la base del entierro de toda alternativa propia y el entendimiento subordinado con la DC.

Tras la tesis de la "salida política" a la crisis nacional, se refleja la mentalidad reformista que no asume -como hiciera Lenin hace 70 años- que la única solución y salida a una crisis nacional es precisamente el desarrollo de una

revolución. Y que esa revolución democrático-popular es imposible sin esa crisis nacional.

La "salida política" reformista es una línea de conciliación de las contradicciones sociales y de clase desatadas por el avance del régimen militar, colocando al movimiento obrero y popular tras las políticas de la burguesía, sus juegos, intereses y reacomodos.

Por el contrario, una auténtica solución de los problemas nacionales parte de la base de la existencia de tales contradicciones, de una crisis nacional como producto del desarrollo del capitalismo monopolista y de la prolongación de su dictadura de clase y de la necesidad de agudizar esas contradicciones al máximo para encontrar, de una vez por todas, la auténtica solución a las trabas del desarrollo nacional. La política reformista de izquierda no va más allá de las lamentaciones reiteradas sobre la grave "crisis moral y nacional" y de sus ofertas generosas de amplia unidad a costas de los intereses propios de los trabajadores, sin asumir el problema de fondo: la necesidad de una revolución democrático-popular para resolver de raíz las contradicciones y las crisis cíclicas del capitalismo dependiente.

El avance oportunista en la izquierda se ha reflejado en la confluencia de organizaciones de izquierda provenientes de alianzas fracasadas con la DC -como el caso del Mapu Barrueto, los "históricos", un sector radical- con una corriente oportunista desarrollada al interior del MDP -en particular el almeydismo-, para desarmar y neutralizar la alternativa propia del movimiento popular.

La causa de esta confluencia se encuentra, en primer lugar, en el fracaso de la estrategia negociadora de la DC que repercutió en sus aliados de izquierda insertos en el Acuerdo Nacional, que comenzaron a emigrar a posturas más de izquierda sin abandonar su matriz de la "salida política" negociada. En segundo lugar, en una necesidad de estos sectores y fuerzas provenientes del desmantelado MDP, para acumular más fuerzas para negociar sus compromisos y pactos con la DC en una eventual coyuntura electoral. En tercer lugar, un intento de redefinición de la izquierda -proyecto, estrategia y hegemonía- por parte de esta pequeña burguesía izquierdista en el contexto de un escenario unitario,

para neutralizar, aislar y forzar los cambios de línea de los partidos y movimientos democrático-revolucionarios.

Este avance oportunista dirigido a dismantlar el MDP y neutralizar su alternativa también se manifestó al interior de ese referente popular por la desconfianza en las masas de un sector del MDP, la incredulidad de su propio proyecto y estrategia de lucha. La crisis del MDP, provocada por los fenómenos de la burocratización del organismo, de su elitismo político o accionar de pequeñas personalidades, la dualidad de líneas, su desarme organizativo de base, la sectarización manejada por el oportunismo (que finalmente se expresó contra sectores del propio MDP, como los socialistas unitarios, el MOC y el MIR conducido por Pascal, excluidos del proceso de formación de la IU para estabilizar la hegemonía oportunista en la nueva entidad y el viraje político), el desarme programático y el coyunturalismo, le dio una "salida" por la vía de acentuar esos problemas y abandonar su alternativa propia, disolviéndolo de modo vergonzante, sin explicación a sus bases, para levantar una izquierda de menor nivel de consenso estratégico, manifiesta dualidad de proyectos políticos y líneas y con un evidente desplazamiento de hegemonía orientada al electoralismo y a posturas oportunistas.

De este modo, el avance oportunista de izquierda, expresado en el desarme del MDP, instancia en la que se materializaba el proyecto democrático-popular, reflejó el retroceso transitorio de la alternativa propia. Este factor subjetivo demuestra claramente el estado de desarrollo de las vanguardias en nuestro país y la necesidad de redefiniciones en la propia izquierda para asumir un proyecto estratégico.

**1.d. La cultura política rupturista.** En este contexto de debilitamiento transitorio del proyecto popular, se manifiestan procesos que lo siguen potenciando como una alternativa vigente.

Las jornadas de protesta del 83 en adelante dejaron su huella profunda en la conciencia y práctica políticas de nuestro pueblo, legitimando la violencia popular frente a la tiranía e invalidando la institucionalidad del régimen.

Esta nueva cultura política del pueblo se cimentó en una legitimación progresiva de las formas de lucha pacíficas y violentas contra la dictadura y la desobediencia civil o cuestionamiento abierto a la Constitución y leyes de la dictadura.

En esta nueva cultura política del pueblo, producto de un aprendizaje natural ante la dominación autoritaria y la modalidad de ir ganando espacios de libertad en fábricas, establecimientos educacionales, poblaciones, se ha estrellado la maniobra electoralista de la DC y sus aliados, desplegada durante este año, para tratar de cambiar el carácter de la lucha de masas, sin poder lograr sus objetivos, como lo demuestra la débil masificación de su campaña "por elecciones libres", preparatoria de su participación en el plebiscito pinochetista.

Esta praxis rupturista se fue expresando puntualmente en las tomas de terrenos de abril pasado, en ocupaciones de liceos y sedes universitarias, en la lucha por la Universidad de Chile, para enfrentar la maniobra destructora del funcionario de los clanes financieros, Federici, y por sobre todo en la huelga general del 7 de octubre que dejó en claro la combatividad de vastos sectores populares, la modalidad de hacer política de nuestro pueblo, por la vía de la paralización ilegal, de las barricadas, de las tomas de locales, de la lucha callejera, de las marchas, del sabotaje popular.

Esta nueva cultura política popular -que contiene la legitimación del uso de formas de lucha y el cuestionamiento a la legalidad espuria de la tiranía- sienta las bases para retomar el proyecto democrático-popular, por cuanto en la conciencia mayoritaria de las fuerzas sociales más activas está presente la necesidad de la alternativa propia y la crítica a los planes empresariales de una dominación autoritaria prolongada.

**1.e. Desarrollo emergente de una nueva izquierda.** Frente al desarme del MDP y los intentos de sepultar su alternativa, se ha ido produciendo la articulación de partidos y organizaciones de izquierda para retomar el proyecto democrático-popular.

Este proceso de rearme de una corriente de izquierda democrático-popular se ha debido a varios fenómenos: de

una parte, nuestro propio desarrollo partidario, en medio de una fuerte lucha ideológico-política contra el oportunismo y los virajes derechistas, que en bastante medida adelantó y vivió la propia crisis que experimenta la izquierda; de la otra, por el avance oportunista en el interior del MDP, que fue abandonando partidos y organizaciones que asumían con firmeza su proyecto estratégico, para hacer posible su confluencia con los sectores del fracasado Bloque Socialista. Así fue excluido el MOC, sin mayor explicación, demostrando una conducta de sesgo stalinista; se marginó al MIR dirigido por Andrés Pascal y se decretó la "desaparición" de los socialistas unitarios.

El desarrollo de la Coordinación de Izquierda desde junio pasado ha sido un factor importante para mantener en alto las banderas del programa democrático-popular y constituye un primer paso para una recomposición ampliada de una izquierda coherente en torno a una lucha estratégica por la democracia y el socialismo. En la medida en que se articulen todos los partidos y movimientos que están por el Programa Democrático del Pueblo, tanto aquellos que están hoy día en la IU -como el caso del MIR y del PC-, como también el MOC y los partidos de la Coordinación de Izquierda, se habrá dado un segundo paso de avance en la línea de retomar, con la firmeza que necesita el pueblo, el proyecto democrático-popular.

**1.f. Rigideces del sistema político.** La hipótesis más probable del desarrollo político es la de una continuidad del régimen militar, con un manejo del plebiscito, para darle algún grado de legitimidad en la clase dominante a la "relección" de Pinochet. Esta **tendencia continuista de la dictadura**, que surge de la acumulación insaciable del capital financiero y de la burguesía, la corrupción militar y el mesianismo de Pinochet, sólo puede ser enfrentada por una clara y firme alternativa democrático-popular.

Asimismo, el avance de una **tendencia a la derechización de la DC**, producto de la nueva hegemonía política en su interior, de las maniobras imperialistas, de su crisis de representación de una oposición burguesa y el fracaso de su estrategia negociadora con el régimen, determina una y otra vez el fortalecimiento de un proyecto autónomo

e independiente de los trabajadores y el pueblo, para enfrentar al régimen y conquistar la democracia.

Esta tendencia derechista de la DC, en un cuadro conflictivo por la resistencia del sector progresista, se articula con su **tendencia excluyente**, por el carácter procapitalista de su proyecto político y las exigencias del capital financiero y del imperialismo sobre la política de alianzas y aislamiento de los partidos revolucionarios. Esta tendencia excluyente es otro factor que potencia una articulación estratégica de la izquierda en un proyecto democrático y socialista.

Junto con estos factores políticos, se articulan elementos de carácter estructural del sistema de dominación -como son el grado de monopolización de la economía, la creciente transnacionalización del capitalismo chileno, la fascistización de las Fuerzas Armadas, el empobrecimiento extremo del pueblo, debido a una prolongada cesantía y deterioro de condiciones de vida- que siguen validando una alternativa que asuma no sólo la conquista de una igualdad formal ante la ley, sino el desarrollo de la democracia en una perspectiva socialista. El proyecto democrático-popular surge de las entrañas de la dominación del capital financiero y su régimen militar como alternativa legítima y necesaria.

## 2. La hegemonía en el campo popular y la izquierda

La existencia de dos proyectos políticos en la izquierda es el reflejo de corrientes ideológico-políticas de tipo reformista y revolucionaria, como también de diferentes hegemonías políticas y de clase en el movimiento social y referentes políticos.

**2.a. La hegemonía de clase.** La capacidad de la clase obrera, para desarrollar un proyecto independiente, atractivo para otras fuerzas sociales no monopolistas, pasa por el desarrollo de sus vanguardias y por su propia acción movilizadora reivindicativa y política.

En el seno de la clase obrera, del movimiento obrero organizado, se desarrolla esta lucha por la hegemonía entre sectores que asumen los intereses de la pequeña burguesía democrática y se subordinan a la conducción democrático-burguesa en última instancia y un proletariado democrático-revolucionario que pugna por hacer valer sus intereses de clase y su proyecto político.

El desarrollo del movimiento sindical ha ido tendiendo a la unidad en una central unitaria -lo cual es una victoria de los trabajadores y una derrota de las políticas burguesas en el seno de la clase obrera-, pero al mismo tiempo se ha mantenido una conducción sindical hegemónizada por la DC y sus aliados, como se refleja en la composición actual del CNT, intentando comprometer al conjunto de los trabajadores en el proyecto democrático-burgués, sobre la base de negociar su participación corporativa y política en el sistema democrático y un nuevo régimen capitalista.

La conducción del CNT, más allá de sus llamados a movilización presionada por la base obrera y la situación socioeconómica de todos los trabajadores, refleja una debilidad transitoria del movimiento obrero en la lucha por la democracia, que es susceptible de revertir en el próximo período, en el marco de la gestación de la Central Unitaria de Trabajadores. Se trata, por tanto, de una pelea por la hegemonía de clase al interior de la propia clase obrera, para afirmar el proyecto autónomo de los propios trabajadores.

En ese marco, la hegemonía de clase se ha ido localizando en estos años en el Confasin, la instancia de las confederaciones, federaciones y sindicatos de base del CNT, que ha asumido la convocatoria a movilizaciones, presionando a una directiva vacilante, como nuevamente se expresó en la huelga general del 7 de octubre.

El proyecto político democrático-popular se jugará en el seno de la clase obrera, en el contexto de la formación de la futura Central Unitaria de Trabajadores. En la medida en que se mantenga la actual dirigencia sindical del CNT, orientada por la DC y el PS Núñez, el destino del movimiento obrero se tratará de ligar a las políticas burguesas y sus estrategias negociadoras. De allí que **la recuperación de una hegemonía de clase esté pasando, en este período, por la afirmación de una conducción sindical unitaria y clasista**, a partir del avance de federaciones, confederaciones y sindicatos de base con tradición y experiencia de lucha y una firme conciencia de clase.

En la medida en que se superen los problemas de la burocratización del movimiento sindical con una afirmación del trabajo de base, se recupere la autonomía del movi-

miento obrero, desafilando a la futura Central Unitaria de centrales internacionales reformistas como la CIOSL, se afirme una estrategia de movilización social por los derechos de los trabajadores y del pueblo para derrotar los planes patronales y el plan de continuidad de la dictadura, se refuerce la conducción sindical con dirigentes representativos del movimiento obrero chileno y se desarrollen los auténticos partidos de la clase obrera, se sentarán las bases para fortalecer el rol dirigente de la clase obrera en la conquista por la democracia y el conjunto de la oposición.

**2.b. La hegemonía en el movimiento social.** Los dos proyectos políticos -el democrático-burgués y el democrático-popular- cruzan al conjunto de fuerzas sociales como también las estrategias de lucha de tipo electoralista o de carácter rupturista, reflejando de diversas maneras la lucha por la hegemonía en el seno de las fuerzas sociales.

Las políticas de desarme del proyecto democrático-popular coincidieron con una línea de concesiones de hegemonía a la DC, iniciadas a partir del año 86, reflejadas en la constitución de la Asamblea de la Civilidad, pero que se fueron trasladando al movimiento social, como fue el caso de la disolución de la Agech y su trasvasije al Colegio de Profesores, que por su burocratización no ha logrado movilizar al profesorado o como ha intentado reditarse en el movimiento femenino por la vía del protagonismo de la instancia superestructural de "Mujeres por la Vida" por la participación de la DC por sobre el MEMCH-83, que aglutina a organizaciones combativas de mujeres, con representación de base y una firme línea de lucha democrática.

Este trueque de alianzas por hegemonía no ha sido beneficioso para el movimiento popular y la propia izquierda en este período, contribuyendo a la desorientación del movimiento social y a la desmovilización de diferentes fuerzas sociales.

**2.c. La hegemonía política en la izquierda.** A partir del 80, un sector de pequeña burguesía izquierdista se lanzó al asalto de la izquierda, a ganar una hegemonía para su proyecto intermediador con la DC, tratando de aislar y neutralizar a corrientes y partidos revolucionarios. Esta

lucha política se centró en el cuestionamiento del marxismo-leninismo, la crítica a las estrategias de lucha insurreccional, al rol del partido de vanguardia, a la relación entre el partido y la clase social, al rol de los trabajadores.

La respuesta a estas intenciones preliminares de hegemonía de corrientes de pequeña burguesía izquierdista se encontró en el surgimiento del MDP y la estrategia de lucha rupturista. Así, en la medida en que se mantuvo el MDP como fuerza dirigente de un movimiento rupturista de masas, los sectores oportunistas de izquierda perdieron peso o debieron camuflarse en el propio MDP, o se debilitaron en su intento negociador, como sucedió con el Bloque Socialista.

Sin embargo, en la medida en que comenzó el cuestionamiento del MDP, su vigencia, su proyecto desde su interior, reorientándolo hacia una búsqueda de acuerdos con la DC desde fines del año 85, comenzó a debilitarse su capacidad hegemónica, desaprovechando la posibilidad de una unificación avanzada de toda la izquierda en torno al proyecto democrático-popular por el fracaso del Bloque Socialista.

El desarme del MDP se llevó a efecto sobre la base de un desplazamiento de hegemonía política en su interior, que por lo mismo sentaba las bases de un cambio más amplio de hegemonía en una parte importante de la izquierda en torno al sector oportunista. Sólo la debilidad ideológico-política de partidos y movimientos revolucionarios explica este avance del oportunismo, precisamente cuando la DC se derechiza y grupos de izquierda aliados al centro retornaban a posiciones de izquierda.

Hoy día se plantea la tesis de recuperar la hegemonía en la Izquierda Unida, por parte de algunos partidos como el PC o el MIR conducido por Buenaventura, pero lo que no se explica es cómo facilitaron el camino del oportunismo y avalaron el debilitamiento del proyecto democrático-popular durante un camino tan largo y evidente, quedando la duda legítima sobre la posibilidad de reganar hegemonía sin levantar con firmeza un programa democrático-popular y una estrategia rupturista de lucha y toda la cantidad de concesiones en materias centrales como el programa, la estrategia y el frente político.

En el contexto en que se da esta maniobra de desplazamiento de hegemonía, aparece como más claro que se haya articulado una ofensiva oportunista de izquierda con la típica concesión de hegemonía y liderazgo a corrientes pequeñas burguesas, para mantener alianzas formales con dualidad de proyectos y líneas, repitiendo el mismo error de comerciar alianzas por hegemonía, en una coyuntura vital para el movimiento democrático, por la claudicación centrista y la ofensiva continuista del régimen.

A partir de este desplazamiento de hegemonía en el MDP es que se avanzó en la unificación parcial de la izquierda, por cuanto estaban dadas las condiciones para el reaglutinamiento en torno a otro eje, proyecto y línea política. Por esa razón, la IU surgió con un cambio de hegemonía política, debido a que ese problema había sido resuelto previamente en el seno del propio MDP en un prolongado período de lucha ideológico-política muy mal enfrentado por partidos y organizaciones revolucionarios.

El avance de una hegemonía oportunista en sectores de izquierda es un fenómeno transitorio enmarcado en la desmovilización prolongada, el retraso en el desarrollo de auténticas vanguardias, las maniobras electoralistas y negociadoras de la DC y la propia ofensiva político-institucional de la dictadura.

El oportunismo político se basa en el impulso de una vía electoral negociada con la DC, acompañada de la presión de masas, alimentando la desconfianza en las masas populares, en su capacidad de lucha, y manipulando por lo tanto un característico derrotismo político para justificar sus políticas contrarias a la mantención de la independencia política de los trabajadores en la lucha por la democracia. Precisamente su falta de confianza en el pueblo es la que provoca sus sorpresas en las coyunturas de movilización rupturista de las fuerzas sociales, como sucedió el 83 o en la reciente huelga de octubre del 87.

Este avance de la hegemonía oportunista en este período, en el que la dictadura despliega una profunda ofensiva de consolidación, con sus cánticos electoralistas y sus políticas conciliadoras, es un fenómeno de alcance medio,

que posibilitará una derrota más efectiva de estos sectores políticos derrotistas en el seno del pueblo.

El autodesenmascaramiento del oportunismo de izquierda -de sectores que posan de izquierdistas, pero en los hechos trabajan una política contraria- no sólo es un fenómeno que ya es percibido en la militancia revolucionaria de los partidos que giran a la derecha, sino que comienza a llegar al sector más combativo del movimiento social. El proyecto político del oportunismo no se diferencia en sustancia del impulsado por la DC, de tal modo que al quedar al desnudo el fracaso de la "vía electoral" a la democracia y las políticas de desarme del proyecto democrático del pueblo, este avance transitorio de la hegemonía oportunista se transformará en una derrota política y un arrinconamiento en la base social y la superestructura política.

La lucha por la hegemonía en el campo de la izquierda seguirá pasando al interior de la IU, tanto por la fuerte presión por parte de un sector electoralista mayoritario por un cambio de línea del PC y la domesticación del MIR conducido por Buenaventura, como por la lucha de estos partidos revolucionarios por recuperar terreno perdido y regañar una hegemonía. Asimismo, esta lucha por la hegemonía pasará necesariamente por el desarrollo de los partidos integrantes de la Coordinación de Izquierda en el plano social y político, conjugando la lucha ideológica con una adecuada política de unidad de las fuerzas democrático-populares y de la mayoría de la izquierda en un proyecto estratégico democrático y socialista.

La tarea del período es la **reconstrucción y desarrollo de una auténtica hegemonía democrático-revolucionaria**, tanto en el seno del movimiento de masas como en la superestructura política de la izquierda, concebida a base de una clara explicitación y defensa del programa democrático-popular, de arrinconamiento del oportunismo de izquierda, de un fortalecimiento de la relación de los partidos populares con el movimiento social, de la disputa de la conducción al centro político. Por tanto, el desarrollo de la hegemonía no puede confundirse, como se hizo en el MDP, con un tareísmo político sin un claro proyecto de sociedad o un practicismo sin lucha ideológica, dejando la resolución de

problemas de hegemonía, de la capacidad de dirección política e ideológica del movimiento social y político, a la eficacia de la estrategia de lucha o la mera acumulación de fuerzas.

Esta nueva hegemonía política necesariamente estará vinculada a los avances en el seno de la propia clase obrera y del pueblo, en el marco de la gestación de la Central Unitaria, del desarrollo de auténticas vanguardias que articulen la lucha ideológica con la realización de una estrategia de poder y la difusión del programa popular alternativo, con capacidad para confluir y liderizar al sector progresista de la DC en torno a una política de lucha política de masas y de unificar a la izquierda sobre bases democráticas, clasistas y revolucionarias.

### 3. La contradicción básica en la izquierda

La contradicción que atraviesa al movimiento popular chileno está dada por las diferentes perspectivas para enfrentar al régimen y superar la dominación monopólico-financiera. Así, mientras un sector se juega por **una línea de reformas democráticas en alianza subordinada a la DC**, otro sector de la izquierda, en el que está nuestro Partido, se juega por **una línea de revolución democrática y popular**, manteniendo la independencia política del movimiento obrero y popular en la lucha por la democracia.

Esta contradicción, que ha estado presente a lo largo de estos años por diferentes formas, expresándose en cada partido o bloque de izquierda con manifestaciones de disensión o crisis, se ha desarrollado por los efectos de la derrota del 73, el surgimiento de una fuerte corriente pequeño burguesa de izquierda decidida a redefinir el movimiento popular, asimilando las políticas del "eurosocialismo", por el impacto de las políticas y ofensivas de continuidad de la dictadura, por el grado de desarrollo de las vanguardias. Esta contradicción, en el actual período, se expresa en problemas de estrategia como el de las formas de lucha y alianzas, en cuestiones de táctica, en materias del frente político.

**3.a. Sobre estrategia: las formas de lucha.** Este problema superado en el debate de los 80, con posterioridad al plebiscito, resuelto exitosamente en el marco de las

protestas populares y de la ofensiva popular del 83 al 86, nuevamente se reactivó en el marco del viraje derechista de la DC y del giro reformista de partidos de izquierda, basándose en una visión errónea de las causas de la desmovilización.

En el marco del desarrollo de la IU, se ha ido produciendo el cambio de estrategia de algunos partidos de izquierda, revisando líneas de tipo insurreccional -como el caso del almeydismo y también de la propia Izquierda Cristiana-, para adoptar definiciones proclives a una vía electoral o político-institucional, tras el objetivo de constituir una fuerza parlamentaria, sin el propósito de luchar por el poder ni siquiera por un eventual gobierno, como lo señaló el propio Maira.

En este escenario y fuera de él, se ha ido produciendo una confrontación de líneas políticas entre la corriente electoralista y oportunista de izquierda y los sectores democrático-revolucionarios, en torno al problema de la autodefensa de masas, el uso de todas las formas de lucha y la "militarización de la política", de tal modo que el sector oportunista, haciendo el trabajo exigido por la DC, se ha dedicado a presionar por un cambio de línea de otros partidos, para que adopten definiciones electoralistas, contribuyendo al desarme ideológico-político como paso previo al desarme político-operativo.

La contradicción estratégica se da entre una línea de desgaste y presión social del régimen en contraposición con las estrategias de derrocamiento violento de la dictadura.

La estrategia político-institucional o de desgaste-presión del régimen militar no va más allá de lo planteado por el progresismo de la DC, en cuanto al rol de la lucha política de masas, en el sentido de propugnar una presión activa de masas, para forzar a las Fuerzas Armadas a una negociación, previa derrota política de Pinochet.

Esta estrategia de desgaste-presión del régimen busca combinar sin grandes resultados la lucha política de masas al margen del sistema con una lucha electoral, para ir forzando una apertura desde el seno del régimen militar. Es la misma línea que impulsó la vieja izquierda parlamentaria para luchar contra leyes y ministros antipopulares, que daba buenos resultados en el marco del conflicto

de un régimen parlamentario, pero que es incapaz de ser una línea exitosa bajo una dictadura empeñada en una profunda transformación del modo de producción capitalista, con una estrategia de dominación que ha ido ganando en experiencia en asimilación de conflictos sociopolíticos a través de medidas político-represivas y tácticas desmovilizadoras.

El sector de izquierda que ha ido adoptando esta estrategia de desgaste-presión de masas, englobada en la fórmula "levantamiento democrático de masas", en la medida en que no aspira a un derrocamiento del régimen y por lo mismo a un protagonismo popular en la caída de la dictadura, sólo puede tener como objetivo entrar en la negociación con la DC, para ir forzando esa "salida política" negociada con parte del régimen. De esta manera se aprecia la conexión existente entre este tipo de estrategias de presión y desgastes con el proyecto político subordinado o dependiente de las alianzas con la DC.

La otra línea estratégica, que en términos generales definimos como de derrocamiento violento de la dictadura con diferentes formas -como la rebelión popular del PC o nuestra vía insurreccional de masas-, se basa en una acumulación y desarrollo de una fuerza social, ideológica, política y militar del pueblo para derribar a la dictadura. El debate estratégico en el seno de la izquierda tiene el eje entre la retoma de una vía electoral para luchar por la democracia y el socialismo o el desarrollo de una vía rupturista e insurreccional de largo plazo para conquistar la democracia y avanzar al socialismo.

La izquierda, en este punto, se encuentra en una coyuntura similar a las definiciones adoptadas a comienzos de la década del 50, donde se trazaron las bases programáticas y estratégicas de un proyecto y estrategia de lucha política.

La DC y el oportunismo de izquierda concentran su lucha ideológica sobre los partidos revolucionarios para forzar cambios definitivos de estrategias de lucha por el poder político, presionando por la adopción de definiciones de tipo táctico, como la inscripción en los registros electorales, que sientan las bases para un cambio en la modalidad de acumulación y uso de la fuerza, de las formas de lucha y escenarios del conflicto. Estas presiones que ya dieron

sus frutos en el almeydismo se han desplazado hacia el PC, para forzarlo a un abandono de su línea de rebelión popular, de reintegro a una vía electoralista político-institucional.

El desarrollo probable de los acontecimientos, sobre la base de una política de perpetuación de la dictadura y claudicación progresiva del centro político, determina con más legitimidad y fuerza la justeza histórica de una línea rupturista e insurreccional para abrir el cauce democrático. La vigencia de la estrategia de lucha por el derrocamiento surge del carácter refundacional del capitalismo que lleva adelante el régimen militar, de su proyecto de dominación de largo plazo. En esta perspectiva, los partidos reformistas y oportunistas de izquierda que se juegan por una vía electoral o político-institucional irán quedando desfasados de los escenarios políticos futuros y especialmente desvinculados de las fuerzas sociales más activas, con un creciente grado de radicalismo político en su acción, como quedó demostrado en la huelga del 7 de octubre.

Los problemas que se dan en esta estrategia de derrocamiento y que es menester resolver por las organizaciones que la asumen son, entre otros, el de la incorporación activa de la clase obrera a la lucha política contra el régimen; el problema del fortalecimiento de la organización popular, desde los sindicatos, organismos de base poblacional, centros de alumnos y federaciones, hasta un desarrollo ampliado de la autodefensa de masas, para impulsar la lucha territorial y rupturista; el problema de una hegemonía ideológico-política en el conjunto de la oposición; el problema de una dirección unitaria con planes políticos compartidos y elaborados colectivamente; la cuestión central de la construcción y desarrollo de auténticas vanguardias, representativas del pueblo, más allá de meras organizaciones formales en crisis de futuro y de identidad, sin disposición de lucha y conducción de masas.

En la medida en que se vayan resolviendo en la lucha estos problemas centrales, planteados en todos los procesos revolucionarios, podremos retomar la iniciativa estratégica en la confrontación contra la dictadura y reordenar el eje y escenario de la lucha democrática.

**3.b. Sobre estrategia: las alianzas.** Una segunda manifestación de la contradicción central de la izquierda se expresa en el terreno de las alianzas, en particular de las alianzas políticas con la DC.

La contradicción asume la forma de una **línea de subordinación o dependencia política del centro**, en contraposición a una **línea de independencia política y hegemonización opositora** por parte de las fuerzas democrático-revolucionarias.

El sector derrotista de izquierda, que considera imposible el triunfo de una revolución democrática y al mismo tiempo juzga inviable el triunfo de una línea rupturista e insurreccional con protagonismo de izquierda y del pueblo, concluye señalando que la única salida posible pasa por el entendimiento con la DC, sobre la base de abandonar un proyecto propio y una estrategia de lucha radical.

Este giro político, que ya lo habíamos conocido con el sector conducido por Núñez y Briones, se comienza a apreciar en el almeydismo, que se ha venido jugando por la neutralización y posterior desarme del MDP y ahora se embarca de lleno en la vía electoral, comenzando el camino de ofertas y negociaciones con la DC para ir articulando una alianza política a costas de sacrificar sus anteriores aliados del MDP. La lógica derrotista de este tipo de estrategia los hace subvalorar a su propia base militante de izquierda, alianzas con partidos revolucionarios, por cuanto a raíz de que parten de la premisa de la inviabilidad de un triunfo popular, su base militante y aliados de izquierda pasan a ser considerados "lastres" para el desarrollo de su política de alianzas y supuesta estrategia política.

El manejo de la política de alianzas comienza entonces a ser manipulado y orquestado por la DC, que exige concesiones de proyecto y línea política a sus aliados de izquierda, en particular un alineamiento en torno a la "campaña por elecciones libres" y una toma de posición activa en torno a la "inscripción electoral", para construir su masa electoral de maniobra. De hecho, en torno a estas cuestiones se ha ido produciendo un acercamiento entre un sector de la IU con el PS Núñez y la propia DC, para negociar la estructuración de un bloque político democrático hegemonizado por la DC.



En la medida en que toda la política pasa a ser el manejo de esta línea de alianzas subordinada al centro, este sector derrotista de izquierda se encarga de ir haciendo el trabajo de desarme ideológico-político en las filas del pueblo, presionando por definiciones cada vez más a la derecha, aislando a los partidos revolucionarios y descalificando sus acciones contra el régimen, luchando por una línea activa de tipo electoral para facilitar su negociación con la DC. Este sector sabe que su "función" y "capital político" es la neutralización de la alternativa propia para arribar a una negociación con la DC, para lo cual requiere transformarse en eje hegemónico de la propia izquierda, con el fin de realizar su trabajo desde la cúspide.

Sin embargo, en el contexto político actual, esta alianza entre una corriente derrotista y oportunista de izquierda -que va desde el PS Núñez hasta un sector de la IU- y la DC no es tan fácil, por cuanto la política de alianzas de la directiva Aylwin-Hamilton está orientada hacia la derecha. De hecho existe una diferencia política en relación con el problema del "partido único-frente político" por la inscripción anticipada de la DC, que seguramente será materia de negociaciones en el próximo período.

En el seno de la corriente de izquierda democrático-popular, se vino generando una errónea línea de manejo de las alianzas con la DC, a base de una política de concesiones, de entrega de hegemonía, de abandono de la lucha ideológica, que ha significado serios retrocesos ideológico-políticos de la propia izquierda. Un caso ilustrativo lo vivimos el año pasado, en la llamada "maniobra táctica del MDP", consistente en revisar su Programa gratuitamente, para lograr posteriormente un tipo de acuerdo político con la DC, que lógicamente no se produjo.

El problema es que este tipo de manejo equivocado de las alianzas se ha venido repitiendo en torno a la "cuestión electoral", sobre la base de hacer concesiones al oportunismo de izquierda y a la propia DC, para luego retomar hegemonía, conducción, iniciativa, supuestamente una vez que fracase la maniobra reformista. Este camino equivocado en el fondo entrega la iniciativa en el manejo de las alianzas al centro y sus aliados oportunistas; y en la medida en que va haciendo

concesiones sucesivas en materias de programa, estrategia y táctica, queda en una posición dificultosa para reganar hegemonía y reordenar las alianzas. Fuera de que se trabaja sobre una premisa equivocada, cual es la posibilidad de constituir una alianza política con la DC, ahora sobre la base de un supuesto viraje "izquierdista" con posterioridad al fraude pinochetista, cuando, como los hechos lo han demostrado, en tal eventualidad la DC seguirá insistiendo en su estrategia de presión y negociación sin llegar a un pacto político opositor, por su dependencia del imperialismo, los monopolios, y por cuanto su sector progresista no va más allá de la tesis de la "unidad social del pueblo", esto es, la unidad opositora en el movimiento social, y no lucha por una unidad política opositora.

De tal manera que en el manejo de las alianzas en este período se debe ir colocando otro eje: el de la hegemonía del progresismo en el terreno de la lucha política contra el régimen, para sobre esa base ir redefiniendo a la DC en una línea de oposición activa contra la dictadura, fuera de su marco político-institucional.

Esta línea de una política de alianzas con independencia política y disposición hegemónica parte ahora y no puede dejarse para después del plebiscito, como se argumenta por sectores de izquierda, para lo cual es fundamental trazar una línea de desobediencia civil consecuente, movilización social activa y unidad social del pueblo, que contribuya a la lucha que da el sector progresista a definiciones más avanzadas en su partido y al mismo tiempo encauce su política en un marco adecuado para avanzar en la lucha contra la dictadura.

En los hechos, las concesiones electoralistas en la izquierda, sus vacilaciones frente a la institucionalidad del régimen en nada contribuyen a una maduración de la corriente progresista de la DC que estuvo a punto de jugarse por definiciones contrarias a todas las leyes políticas, incluyendo los registros electorales. En torno a una política de desobediencia civil consecuente -que por lo demás fue una definición formal del propio centro en momentos en que se jugaba contra el dictador y sus leyes- es posible ir realineando a parte de la DC en el terreno de la lucha,

como se demostró en el contexto de la huelga del 7 de octubre, no solamente ganada por el pueblo como el principal hecho político del año, sino además ganada frente a una DC comprometida en otra vía, que debió sumarse a última hora a la movilización.

En la medida en que coloquemos los ejes de la relación con el centro en torno a la desobediencia civil-movilización-unidad social del pueblo, podremos ir recuperando terreno, hegemonía e implementando una correcta política de alianzas. En la medida en que se siga por el camino de concesiones de tipo electoral, quien sale fortalecida es la directiva Aylwin-Hamilton, la oposición democrático-burguesa y se sigue debilitando a la corriente progresista, y por sobre todo, desorientando al movimiento popular.

La política de alianzas debe estar en consonancia con la estrategia global de poder y el proyecto alternativo.

### 3.c. La táctica del período; la cuestión electoral.

En relación con la conducta frente a la institucionalidad del régimen y la táctica a seguir frente al plebiscito, se ha ido expresando la contradicción central de la izquierda, asumiendo la forma de **un electoralismo de masas en oposición a una línea de rupturismo y rechazo a la institucionalidad autoritaria.**

Este debate táctico tiene implicancias estratégicas, por cuanto tras esta simple definición se esconden materias que comprometen y redefinen estrategias en muchos partidos de izquierda.

La inscripción en los registros ha pasado a ser un tema básico de definición táctica en partidos de izquierda, llegando luego de un prolongado debate en el PC a ser una línea oficial, cediendo ante las presiones de la DC y el sector electoralista de la IU, y dejando abierta la definición sobre la línea a seguir en el plebiscito-fraude del régimen.

El sector reformista de la izquierda impulsa la "vía electoral" a partir de la toma de posición frente a los registros, para provocar cambios de línea y mayores desplazamientos de hegemonía en el movimiento popular. Una definición de esta naturaleza significa cambios en relación con el carácter de la fuerza, los escenarios de lucha,

la forma de lucha principal, la hegemonía y la política de alianzas; es decir, afecta a cuestiones básicas de la estrategia.

Así, desde el punto de vista de la fuerza, se intenta crear una masa electoral negociable con la DC, en el camino de masa de presión política por sobre el desarrollo de una fuerza insurreccional de masas. Asimismo, se privilegia un nuevo escenario político institucional por sobre los escenarios rupturistas de la lucha popular, tratando, desde comienzos del 87, de ir resituando al pueblo desde sus escenarios naturales de movilización social a estos escenarios electorales. Por lo mismo, se trabaja por imponer como forma de lucha principal la de tipo electoral, colocando en segundo plano la movilización social, y dejando como forma de lucha deslegitimada, la lucha rupturista de masas. En cuarto lugar, esta definición táctica contribuye a fortalecer una hegemonía reformista en la IU, al aislamiento de los partidos y movimientos revolucionarios, a sentar las bases para nuevas exigencias-concesiones; y, por lo mismo, significa una concesión que fortalece a la actual directiva DC, empeñada en un viraje estratégico para insertarse al sistema con el aval imperialista, y al debilitamiento y sometimiento de su sector progresista tras esta maniobra de largo alcance.

La táctica es parte integrante de una estrategia global. Existe una unidad indisoluble. De modo que tras la táctica de la inscripción electoral como en la del "voto no" en el plebiscito, se definen también materias de orden estratégico, por el carácter de la coyuntura que vivimos.

Esta táctica de la inscripción tiene una estrecha relación con la táctica de la votación en el plebiscito pinochetista. De una parte se forma la masa electoral que el régimen hará votar para legitimar su fraude, y de la otra, pasa a ser la masa de maniobra de la DC en ese fraude-plebiscito y en las parlamentarias del 89, sobre la base de la propia exclusión de la izquierda, de cesión de representación política de clase.

La justificación de que por la vía de la inscripción-votación se avanzaría en demostrar el fraude electoral que se avecina, de ganar al progresismo DC, de producir un alzamiento popular, es doblemente incorrecta: de una parte coloca a las masas como temerosas de la movilización

social, cuando el problema radica precisamente en partidos de centro y de izquierda que desconfían de la combatividad y fuerza del pueblo. El 7 de octubre demostró una vez más que nuestro pueblo no requiere de demostraciones de fraudes para alzarse a la lucha, que le sobran motivos para protestar. En segundo lugar, en relación con la DC, los hechos demuestran que este partido ya vivió el engaño del 80 llamando a votar y ahora reincide sin sacar lecciones del engaño. Pero hay un cambio cualitativo, cual es la nueva vía electoral impulsada por el imperialismo, para lograr el consenso interburgués sin situaciones de ruptura. De tal modo que la DC, más allá de los cuestionamientos al plebiscito, seguirá trabajando para las parlamentarias del 89, y no precisamente para un alzamiento popular.

Los partidos y organizaciones que luchamos por la alternativa democrático-popular debemos levantar una táctica coherente con la estrategia de confrontación abierta con la dictadura, desconociendo en los hechos la legalidad antidemocrática, con **una táctica de desobediencia civil y rechazo a la institucionalidad de la dictadura**, creando conciencia de la ilegitimidad del régimen y desarrollando una fuerza democrática de ruptura con el sistema imperante.

La táctica de lucha rupturista pasa por desconocer la Constitución y sus leyes políticas como un todo, articulando la no inscripción en los registros electorales con la no inscripción de los partidos políticos en las oficinas de la dictadura y la línea de la abstención electoral y no participación en el fraude, con un desconocimiento previo y anticipado de sus resultados, orientando al pueblo a seguir luchando por el derrocamiento de este régimen militar.

La claudicación democrática, la marea electoralista hace aparecer una táctica justa y una estrategia correcta como posiciones de principio de carácter atemporal o de poco realismo. Pero la fuerza de los hechos, por la magnitud de la ofensiva de consolidación dictatorial, demostrará la justeza de una línea de rechazo a la institucionalidad pinochetista, al igual como sucedió a partir de 1983, a tres años de "aprobada" la Constitución oficialista, que en medio de las protestas populares comenzó a hacer agua y cuestionada por el propio gobierno.

Lo que resulte del fraude-plebiscito estará en relación con las correlaciones de fuerza que se articulen en la lucha entre las estrategias continuistas y la estrategia rupturista. La oposición democrático-burguesa trata de convencer al pueblo de que la "democracia se gana voto a voto". Debemos trabajar generando conciencia y acción popular, sobre la base del hecho indiscutible de que "la democracia se gana luchando".

**3.d. Sobre el frente político de izquierda.** Una cuarta manifestación de la contradicción básica que cruza a la izquierda se expresa en torno al frente político autónomo, contraponiéndose una política de debilitamiento-desarme de un frente alternativo y una línea de fortalecimiento estratégico de un frente democrático del pueblo.

En la medida en que un sector derrotista de izquierda no ve más perspectiva que el de la continuidad del sistema capitalista bajo nuevas formas políticas y el de la acumulación de fuerzas en el régimen parlamentario, para administrar ese estado capitalista, se hace innecesario desarrollar un frente político alternativo y una dirección estratégica de la lucha. En ese esquema, el problema central pasa por lo tanto a ser la acumulación de masa electoral y la negociación con el centro político.

De allí que se expresen estas conductas derrotistas de dos maneras: una, simplemente divisionista y liquidacionista, como hace el PS Núñez que rechaza toda unidad de izquierda por afectar su localización en el centro político y su alianza subordinada con la DC; la otra manifestación es la constitución de frentes transitorios de izquierda sin un proyecto alternativo ni estrategia de poder, para negociar con la DC su apoyo a un candidato presidencial, en función de insertarse en la negociación interburguesa de algún modo en una eventual transición a la democracia.

La existencia del MDP constituía un problema para esta corriente oportunista de la izquierda, por cuanto materializaba una alternativa de poder inaceptable para la DC y la burguesía. El proceso de agotamiento del MDP no fue fruto de la casualidad histórica o producto de la falta de vigencia de una alternativa democrático-popular, sino del embate ideológico-político de dentro y de fuera del frente político popular por la corriente oportunista,

para ir sentando las bases de su encuentro negociado con la DC y cambio de línea política.

El nacimiento de la Izquierda Unida, en junio del 87, marcó el fin de este provocado "agotamiento" e inmovilismo del MDP y un intento de neutralización de su proyecto político. Surgió sobre la base de revisar el programa democrático-popular, el desplazamiento de hegemonía política, los cambios de estrategia y de táctica en aras de un pretendido camino electoral a la democracia, de una orientación preferente al manejo de la política de alianzas con el centro.

Esta contradicción entre debilitamiento-fortalecimiento del frente político del pueblo tuvo una solución temporal regresiva, de retroceso político, por la disolución del MDP en los momentos en que más necesario era tener firme la alternativa propia de la clase obrera y el pueblo y la constitución de una entidad de izquierda, como la IU, con dos proyectos políticos, una mayoritaria línea electoralista proclive a la negociación con la DC y una hegemonía de carácter oportunista.

La IU es un frente de izquierda transitorio, de tipo táctico, para insertar a una parte del movimiento popular en un hipotético proceso de transición negociado a la democracia. La transitoriedad de este frente está dada por sus contradicciones internas y objetivos limitados, que refleja la concepción característica de la corriente oportunista de un frente de tipo utilitario con débil cohesión programática y estructuración de base.

Esta IU es un frente parcial de izquierda con dualidad de proyectos y líneas políticas, cuyas contradicciones tenderán a agudizarse en el contexto electoral manipulado por la burguesía y sus representaciones políticas. Este frente con dualidad de políticas constituye no sólo un retroceso en relación con lo que fue el MDP, sino a la propia historia de la izquierda chilena que desde la década del 50 se unificó en torno a una estrategia y un proyecto democrático y socialista.

Asimismo esta IU, en consecuencia, refleja una hegemonía oportunista, que no sólo es producto de las maniobras de partidos y grupos de izquierda de esta pequeña burguesía izquierdista, sino que refleja debilidad de los

partidos revolucionarios y una línea equivocada de acumulación de fuerzas y defensa de sus posiciones. Esta hegemonía no sólo se refleja en el plano formal directivo, sino que en la negativa a un desarrollo de base, en el cambio de un programa alternativo por una simple plataforma de lucha democrática y de su estrategia de poder por una línea de presión-desgaste-negociación.

La tesis de recuperar hegemonía dentro de esta IU por una vía orgánico-movilizativa, haciendo concesiones político-ideológicas en cuestiones de estrategia, como las formas de lucha y objetivos estratégicos, o materias de táctica, como el problema de la inscripción, es absolutamente contradictoria y estéril, por cuanto quien mantiene la hegemonía y la sigue desarrollando es la corriente oportunista que sigue haciendo su política. Hegemonía significa avanzar en el campo de la estrategia y la táctica de lucha rupturista, de la afirmación de un programa alternativo, del acercamiento de una voluntad de poder, elementos que no se aprecian en esta IU.

En el próximo período, caracterizado por un escenario electoral controlado por la burguesía, la izquierda va a ser cruzada con más intensidad por una tendencia a su desarme y neutralización política, para sumarla al carro de la DC, y una tendencia a levantar con más fuerza un frente político democrático-popular, para contener la desmovilización y seguidismo político.

En torno a la necesidad de un frente democrático del pueblo, se van a expresar concentradamente las contradicciones de proyecto, hegemonía, estrategia y táctica, por cuanto en ese plano político cristaliza la alternativa de poder del movimiento popular, su expresión de independencia política y disposición litoral de la lucha por la democracia. El avance de la línea del fortalecimiento estratégico de un frente de izquierda va a estar asociado a la maduración y decisión del sector revolucionario de la IU y al correcto desarrollo unitario y combativo de las fuerzas integrantes de la Coordinación de Izquierda.

#### IV. LA LUCHA POR LA ALTERNATIVA DEMOCRATICO-POPULAR Y DESARROLLO DE UNA FUERZA DIRIGENTE DEL PUEBLO

Los hechos, la correlación global de fuerzas demuestran que la dictadura dispone de iniciativa y capacidad de maniobra para llevar adelante su plan político de consolidación, en medio de la claudicación del centro político y las vacilaciones de un sector de la izquierda. El estado de desarrollo de la alternativa propia del movimiento obrero y popular, con retrocesos transitorios en una coyuntura decisiva, deja al desnudo problemas de fondo de la izquierda, que deben ser abordados de raíz para seguir avanzando en un camino de lucha por la democracia y el socialismo.

##### 1. El desarrollo de la vanguardia revolucionaria

Los avances oportunistas son al mismo tiempo retrocesos de los partidos y organizaciones revolucionarios. El debilitamiento del proyecto de izquierda no es de responsabilidad de todos los partidos, sino que particularmente de su vertiente revolucionaria, reflejando **el retraso objetivo en la formación de la vanguardia revolucionaria en nuestro país.**

Dos grandes hechos demuestran ese retraso de la construcción de la vanguardia: la incapacidad para dirigir y potenciar la situación revolucionaria que se fue abriendo con las protestas populares de 1983 en adelante, con un desfase entre la combatividad creciente de las masas y el nivel de desarrollo de las organizaciones revolucionarias. El segundo hecho se expresa en el agotamiento y desarme del MDP, el fracaso en la línea de transformarlo en una alternativa válida para esa corriente de izquierda a la deriva, sin proyecto. Este desarme dejó en claro graves errores de conducción política de tipo estratégico y táctico, en el manejo de las alianzas y del avance de una vanguardia compartida.

Este retraso del desarrollo de la vanguardia es un fenómeno que afecta a comunistas, socialistas, miristas y otras fuerzas constitutivas de la vanguardia compartida del proceso revolucionario en nuestro país. La historia del

movimiento popular ha ido generando la necesidad de una vanguardia compartida por diferentes partidos revolucionarios, formados en el transcurso del presente siglo en diferentes coyunturas.

La crisis por la que atraviesa la izquierda, reflejada en el debilitamiento transitorio de su alternativa propia y el avance del oportunismo, es en su esencia **una crisis transitoria del desarrollo de los destacamentos de vanguardia**, expresada en los problemas que vive el PC, la crisis política del MIR, la lucha por el Partido Socialista.

La solución de fondo de los problemas de hegemonía, proyecto, estrategia y frente político no se encuentra en reagrupamientos político-orgánicos de 10 ó 14 fuerzas con dos estrategias y ningún proyecto alternativo, de las cuales sólo algunas pueden asumir a cabalidad todos los riesgos de la lucha, por decisión, representatividad, ideología, capacidad, mientras que una mayoría sólo puede hacerlo en el plano táctico, con un sentido de supervivencia burocrática, esperando la llegada de la democracia por cualquier camino.

La solución de la crisis de la izquierda, de las contradicciones de proyecto y línea política, pasa por ir desarrollando auténticos partidos de vanguardia, con representación sociopolítica real, firmeza ideológica revolucionaria, dominio teórico y práctico del uso de todas las formas de lucha, capacidad hegemónica para ir sumando fuerzas en torno a un camino de lucha por la democracia.

El problema de la izquierda es un problema de calidad y no de cantidad, como quedó demostrado en la coyuntura del 73, con inmensos partidos parlamentarios incapacitados para luchar por el poder, o en la situación de crisis abierta el año 83. Este problema de calidad se refiere a la superación de las deformaciones parlamentaristas, burocráticas y tradicionalistas de los partidos revolucionarios, para crecer en las masas en una perspectiva diferente a la de décadas anteriores.

En la medida en que no se fortalezcan las vanguardias del pueblo, los frentes que se armen estarán dirigidos por el oportunismo, serán frágiles y transitorios, carentes de una opción de poder. En esta perspectiva de mediano

v largo plazo, se hace básico ir superando los problemas que limitan el desarrollo de la vanguardia.

**1.a. Vanguardia compartida y partido único.** Esta contradicción ha estado presente a lo largo de la historia del movimiento popular chileno y se sigue manifestando en el período actual.

La tesis de "partido único" revolucionario eleva a la categoría de ley inmutable la formación de un solo partido de la clase obrera, por la asimilación mecánica de la experiencia bolchevique, sin evaluar adecuadamente los procesos revolucionarios de América Latina, que han demostrado modalidades diferentes del desarrollo de la vanguardia, como el caso del Movimiento 26 de Julio, el FSLN en Nicaragua, el FMLN en El Salvador o la URNG (Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca).

Asimismo, esta tesis de partido único de la clase obrera confunde dos planos teóricos: el de un modo de producción caracterizado por dos clases antagónicas y el de las formaciones sociales históricamente determinadas, caracterizadas por una estructura social y de clases más compleja, como el caso de nuestro país y otras formaciones sociales del capitalismo dependiente.

En tercer lugar, no capta adecuadamente la propia particularidad de nuestro país, por el surgimiento de partidos revolucionarios en desarrollo, en diferentes coyunturas históricas, debido a vacíos político-ideológicos en las masas, ascenso en la lucha social, influencia de factores externos, como sucedió en la década del 20 con la formación del PC, en la década del 30 con el nacimiento del PS, en la década del 60 con el surgimiento del MIR, o a fines de la década del 60 y comienzos del 70 con el nacimiento de nuevas organizaciones revolucionarias, como el Mapu y la IC.

La mentalidad de "partido único" concibe los frentes de izquierda como expresión de alianzas entre el partido de la clase obrera y sectores del pueblo, a los cuales debe dirigir y madurar; como alianzas transitorias para ampliar su base social y política y coordinar el manejo de la política de alianzas, pero no dirigir una estrategia conjunta. La función del frente político en este tipo de mentalidad de "partido único", es evitar su aislamiento político, ampliar

su base social y desarrollar su política de alianzas con otras clases y capas sociales, con un enfoque utilitario parcial que ha ido haciendo crisis.

Este enfoque equivocado, en la medida en que no valora adecuadamente el problema de una vanguardia compartida, se va materializando en políticas oportunistas en la izquierda, desinteresándose del desarrollo revolucionario de otras fuerzas, favoreciendo o apoyando a sectores vacilantes en la medida en que contribuyan a hacer esa política de ampliación de la base sociopolítica, superación del aislamiento, trabajo de alianzas.

En la crisis del MDP estuvo presente, sin lugar a dudas, como un factor detonante, este tipo de enfoque. No sólo porque no se discutió colectivamente una estrategia y táctica de lucha rupturista durante 1986, sino porque además se favoreció y avaló en el socialismo a un sector oportunista -como el caso del PS Almeyda-, porque era más funcional a la política de alianzas del período, sin profundizar en el problema del desarrollo de una vanguardia plural. El costo de este tipo de políticas erróneas en el desarrollo de los frentes de izquierda y en particular del avance de la vanguardia, se está pagando hoy día en el seno de la IU por el avance oportunista.

La superación ideológica y política de esta mentalidad contribuirá a fortalecer una sólida y estratégica unidad de las fuerzas revolucionarias en nuestro país, al igual como ha ido sucediendo en otros procesos. Para avanzar en esta línea de una vanguardia compartida, debemos ir articulando la lucha ideológica con la correcta práctica unitaria y desarrollo combativo. Una línea de esta naturaleza significa una unidad profunda con un compromiso y práctica de lucha conjunta; y no ese enfoque funcionalista y seudomarxista de ir distribuyendo roles y status en la izquierda, perfilando una unidad entre partidos que hacen la lucha rupturista y otros que se especializan en alianzas para lograr un status dirigente por su ubicación privilegiada en la superestructura política.

**1.b. Dirección unificada y coordinación política.** Un reflejo de la contradicción entre mentalidad de "partido único" y la línea de vanguardia compartida se da en los

frentes de izquierda, en el plano de su dirección política.

En la medida en que se deja a estos frentes el manejo de las alianzas políticas, la tarea y el carácter de la dirección son de mera coordinación con el fin de ir buscando solución a un problema de la estrategia, pero sin comprometer en ese trabajo el conjunto de la estrategia y del proyecto político. Lógicamente, con este enfoque del carácter parcial de la dirección del frente de izquierda, se van sentando las bases para una doble línea política, por cuanto cada fuerza, en los hechos, va quedando en libertad de acción para implementar su estrategia, como sucedió en la Unidad Popular, en el propio MDP y ahora en la IU se eleva a la categoría de principio rector esa coordinación para la política de alianzas y dualidad de líneas.

Un salto de calidad en el desarrollo de la vanguardia se producirá en la medida en que se dejen atrás los frentes político-formales, para ir avanzando en una dirección unificada de la lucha. Para eso hay que revalorizar en forma adecuada ideológica y políticamente a la propia izquierda, con el fin de colocar la conducción de la estrategia de lucha por la democracia y el socialismo en su globalidad en el seno de los partidos de vanguardia, trabajando las coordinaciones tácticas y de aspectos de la estrategia con las fuerzas populares de menos nivel de desarrollo o simplemente cruzadas por el oportunismo político.

La dirección unificada de la lucha que propugnamos como una forma de avance parcial en el desarrollo de una vanguardia compartida se basa en la necesidad de planificar, dirigir y coordinar una estrategia global de poder y proyecto político y no solamente cuestiones tácticas o problemas de las alianzas. El eje ordenador de una dirección unificada de la lucha es precisamente el de la **definición y aplicación de los planes de lucha**, conjuntamente con el impulso de la política de alianzas y ampliación de la base social y política de la izquierda.

Una dirección unificada de la lucha debe avanzar, en el próximo período, en el desarrollo de una auténtica hegemonía democrático-revolucionaria en el seno de la izquierda y del pueblo, en la reconstrucción de su frente político democrático alternativo, en la definición y aplicación

de una estrategia de lucha por el derrocamiento de la dictadura, que frene la ofensiva continuista de ésta.

La posibilidad real de avanzar en tal sentido estará dada por la combinación de la lucha ideológica con la acumulación de fuerza propia que vayamos logrando junto a otras organizaciones revolucionarias, para contribuir a formar la mentalidad unitaria superior de vanguardia compartida, a partir de un trabajo direccional compartido.

Esta dirección unificada no puede entenderse como una línea de fusiones políticas innecesarias y contrarias a las identidades políticas específicas de los partidos revolucionarios chilenos, ni tampoco como una forma burocrática de negar la diversidad o particularidad en la izquierda, por diferentes culturas políticas, trayectorias de lucha y representaciones. Partiendo de la base de esa diversidad, de lo que se trata es de ir articulando a la izquierda revolucionaria y al conjunto de sus fuerzas en torno a una estrategia global de lucha por el poder político, a partir de la lucha por el derrocamiento de la dictadura.

Su constitución, por tanto, será un proceso teórico-práctico que irá avanzando en el plano superior, intermedio y de base.

**I.c. Desarrollo desigual y armónico de las vanguardias.** La experiencia del 70 y la lucha contra la dictadura han demostrado que, en relación con el problema de la vanguardia, es menester precisar que se trata de partidos aspirantes a ese título o calidad revolucionaria, tanto por las debilidades ideológicas, deformaciones burocrático-parlamentarias de arrastre, deficiencias e insuficiencias en la lucha político-militar, representación de clase.

Este carácter de **vanguardias en desarrollo en la lucha** es el que se va reflejando en avances y retrocesos, por aciertos y errores, debido a contradicciones internas y externas no resueltas. En el actual período, se observan estos problemas en las contradicciones que cruzan a diferentes partidos revolucionarios, produciendo un característico desarrollo desigual, por la diferente maduración y avance de estas organizaciones que confluyen en una vanguardia plural.

Este desarrollo desigual se expresa en problemas ideológicos, de representación y hegemonía de clase, de capacidad de lucha político-militar.

Así, por ejemplo, algunos partidos avanzan sustantivamente en la resolución de problemas operativos de la lucha contra la dictadura, elevando su dominio de las formas de lucha político-militar, pero expresan retraso en la solución de problemas de índole ideológica -como la cuestión de la hegemonía en el movimiento popular y fuerzas democráticas, en el manejo de la política de alianzas- o arrastran contradicciones internas no plenamente resueltas que sientan las bases para la reproducción de una corriente oportunista, haciendo entrar en crisis política al partido y frenar su línea de desarrollo.

Así también, otros partidos van avanzando correctamente en la solución de contradicciones ideológicas y políticas, pero aún no logran materializar el dominio práctico de una estrategia y táctica de lucha insurreccional, por la situación concreta de la construcción política partidaria.

Otros partidos y organizaciones revolucionarios muestran claras debilidades en su potencial de desarrollo de masas, de representación de clase, lo que los lleva a sobredimensionar un funcionamiento de aparato.

Este desarrollo desigual, por retraso en los factores ideológico, político, operativo, de representación de clase, es particularmente grave cuando se expresa a través de crisis políticas, por cuanto debido a la **interdependencia de las fuerzas** componentes de la vanguardia -más allá de una articulación en tal sentido-, el debilitamiento de un partido significa un retroceso del conjunto.

De allí que sea esencial propender a un desarrollo lo más equilibrado y armónico posible de los partidos confluyentes a la vanguardia compartida, con un acrecentamiento de la solidaridad y fraternidad revolucionarias, para enfrentar conjuntamente los problemas y contradicciones que se presentan en esta larga lucha por la democracia y el socialismo. Desde esta perspectiva es que pensamos en que debe madurar una preocupación legítima por un desarrollo del conjunto de partidos, manteniendo la línea del respeto mutuo y de no intervención, para seguir avanzando en la línea de formar la fuerza dirigente de la revolución democrática y popular que Chile necesita.

En este período, esta línea de desarrollo está pasan-

do, entre otros partidos y fuerzas de izquierda, por: la superación de vacilaciones y presiones en el seno del PC, para modificar su línea de rebelión popular y sumarlo al camino electoralista del oportunismo de izquierda; por un fortalecimiento del MIR, a partir de su desarrollo ideológico, inserción de masas, derrota del oportunismo y vacilación política en la defensa de la alternativa democrático-popular, profundización de su espíritu unitario; por nuestro desarrollo como legítima alternativa socialista, fortaleciendo nuestra inserción de masas, capacidad de lucha rupturista e insurreccional, atrayendo a sectores y corrientes socialistas de izquierda a nuestro Partido, para sumar fuerzas en la potenciación de la principal alternativa partidaria de carácter revolucionario; en la maduración de organizaciones revolucionarias como el MOC, en una firme y clara línea de lucha por la alternativa democrático-popular y de desarrollo de partidos de vanguardia, como también en el desarrollo revolucionario de la propia Izquierda Cristiana, a partir de su consecuente base militante, para superar el tradicionalismo y parlamentarismo de izquierda que tiende a neutralizar su avance político.

#### I.d. Carácter de vanguardia o de partido tradicional.

El avance de los partidos de vanguardia en este período está ligado a la derrota de la "tentación parlamentaria", de la reconstrucción de la vieja izquierda tradicional, de partidos políticos parlamentarios institucionalizados, capaces de desenvolverse y acumular fuerzas en el sistema capitalista, pero neutralizados para usar esa fuerza en un sentido revolucionario, de conducir una crisis de ruptura del sistema de dominación.

La línea de reconstrucción de partidos tradicionales y la vieja izquierda -claramente expresada en la Izquierda Unida- se manifiesta en las vacilaciones en torno a la cuestión electoral y la institucionalidad del régimen, en la reproducción ampliada de la dualidad de líneas políticas en el mismo organismo, en las formas burocráticas del trabajo de masas, favoreciendo el desarrollo de pequeñas élites políticas de poco peso que flotan por sobre el movimiento social.

Este error histórico de la restauración de una izquierda tradicional debe ser enfrentado con un desarrollo de partidos de vanguardia en escenarios diferentes a los



manipulados por el régimen militar y la burguesía, construyendo su fuerza en los escenarios populares, con fortalecimiento de la capacidad político-militar, de su desarrollo ideológico, representatividad y hegemonía de clase en el seno del pueblo.

Frente a esa práctica política tradicional, destinada a ir ganando mayorías parlamentarias eventuales, debemos colocar el eje de una práctica política que se base en la lucha por el poder político, a partir de encabezar el derrocamiento del régimen militar y la conquista de la democracia.

La construcción de una nueva hegemonía, la renovación en los estilos dirigentes, la superación de la relación burocrática con las masas, la aplicación exitosa de todas las formas de lucha permitirán superar el retorno a lo conocido y derrotado en la izquierda y avanzar en la conformación de auténticas vanguardias para luchar contra la dictadura, por la democracia y el socialismo.

## 2. La necesidad de un frente democrático del pueblo

Este frente ha pasado a ser una necesidad desde que comenzó el desarme del MDP, se constituyó una entidad con dos proyectos, como es la IU, y se dejó, por lo tanto, sin una expresión clara, firme y protagónica a la alternativa democrática del pueblo.

### 2.a. Objetivos básicos del frente democrático.

Este frente debe constituirse en la perspectiva de encabezar la revolución democrático-popular, a partir del desarrollo consecuente de la lucha por la democracia, materializando, por lo tanto, el proyecto alternativo de los trabajadores y del pueblo.

Para superar los problemas políticos centrales del actual período, este frente debe plantearse, en primer lugar, una **definición y ejecución de una estrategia de lucha rupturista de masas**, para frenar la ofensiva político-institucional de la dictadura, reordenar el escenario político y la ubicación de las fuerzas sociales, cambiando el eje electoralista por un eje de lucha consecuente.

El vacío político dirigente en el movimiento social, que trata de ser llenado por el reformismo y oportunismo de izquierda con sus cánticos de sirena de un ilusorio electoralismo, hay que contrarrestarlo con una línea de movilización social que cree un estado de desobediencia civil y desesta-

bilización del régimen militar, a partir del impulso de las luchas reivindicativas de las fuerzas sociales.

En este sentido, el frente democrático debe plantearse una tarea concientizadora de largo aliento, con una **difusión y explicación masiva y sistemática del Programa Democrático del Pueblo**, superando la deformación del ta-reísmo político sin objetivos claros, de un practicismo que tiende a agotarse en la medida en que no se asimila en las capas sociales más politizadas, los contenidos centrales de la propuesta alternativa. En esta línea debemos ir madurando una conciencia de lucha insurreccional y rupturista, a partir de una ligazón entre la teoría y la práctica, y desarrollando una conciencia democrática y popular, sobre la base de la socialización en torno a las banderas programáticas centrales, para que devengan en auténticas ideas-fuerza en la lucha contra la dictadura.

Por lo tanto, **la modalidad de desarrollo en las masas del frente democrático del pueblo** debe ser la garantía que evite su deformación burocrático-elitista y agotamiento político, como asimismo el factor central para impulsar una línea de movilización social rupturista contra el régimen. Esta política de desarrollo hacia abajo debe romper con la cultura burocrática de sectores de izquierda que privilegian un desarrollo hacia arriba de los frentes de izquierda, a base del protagonismo de pequeñas personalidades y personajes encaramados en la cresta de la ola del movimiento social.

Debido a ello es que la razón de ser de un frente de esta naturaleza es estimular el protagonismo político del pueblo, fortaleciendo su conciencia alternativa y organización de base en todos los planos. En esta línea se hace esencial la formación de comités de base, comités de lucha por la democracia, que hagan posible una estructuración a todo nivel del frente democrático, y, por sobre todo, que amplíen su base sociopolítica a diferentes capas del pueblo.

Un frente de este tipo, en el estado actual del movimiento de masas, no se basa solamente en acuerdos políticos cupulares, sino en una correcta llegada al seno del pueblo, asumiendo sus demandas reivindicativas, insertándose en sus luchas concretas con sentido democrático y

no sustitutivo de sus organizaciones naturales y afán participativo.

La posibilidad histórica de que avance un frente democrático del pueblo para potenciar una salida democrático-popular se basa en una acumulación de fuerzas en todos los planos y en el desarrollo de un auténtico liderazgo político, de carácter democrático-revolucionario, en el seno de la izquierda y del movimiento opositor, no por la acción nominal de personalidades del pasado, sino por la fuerza actuante de partidos de vanguardia y la amplia organización del pueblo.

La reconstrucción de la hegemonía de clase en la izquierda y el movimiento democrático es un proceso dependiente del desarrollo y maduración de los partidos de vanguardia, cuya expresión básica se materializará en el propio desarrollo de un frente alternativo. La necesidad de una disposición hegemónica de los partidos obreros y populares en la lucha por la democracia es tanto más urgente cuanto más avanzan las líneas claudicantes en la oposición democrático-burguesa, cuanto más vacilaciones se producen en sectores de la propia izquierda, para luchar contra la dictadura.

Este liderazgo político, esta nueva hegemonía democrático-revolucionaria, debe verse como un proceso político de mediano plazo, vinculado a la lucha ideológica, a una práctica unitaria y a una acumulación de fuerzas e impulso decidido de una eficaz estrategia y táctica de lucha antidictatorial.

**2.b. Algunos rasgos centrales.** Considerando las lecciones dejadas por experiencias incorrectas en el desarrollo del MDP y ahora de la IU, como asimismo las necesidades de la lucha, es que este frente debe articularse con **una unidad esencial de proyecto político democrático y socialista**, de tal modo que no asuma el carácter de un frente transitorio, de un agrupamiento coyuntural o táctico, sino sienta las bases para batallar por la conquista de la democracia y el socialismo sin contradicciones agudas que vayan frenando su propio desarrollo y esterilicen su accionar con señales y líneas confusas al pueblo. La unidad de proyecto político es un rasgo decisivo para potenciar un frente democrático-

popular, que no atenta contra la necesaria amplitud y diversidad de fuerzas sociales y políticas integrantes.

Por lo mismo, un rasgo central debe ser impulsar **una unidad de carácter estratégico en el seno de la izquierda y del pueblo**, que vaya más allá de la tarea de conquistar la democracia, para enfilarse en la dirección de la lucha por el socialismo. En consecuencia, esta unidad estratégica sólo puede asentarse no en los buenos deseos, sino en un programa alternativo y una clara estrategia de lucha por el poder político. Sólo la confluencia de proyecto y estrategia de poder pueden cimentar una correcta unidad estratégica en las filas del pueblo.

El frente democrático-popular debe **desarrollar su carácter democrático, amplio y no excluyente**, rompiendo con las tendencias sectarias en el movimiento popular y las prácticas impositivas que debilitan la necesaria unidad política.

Este carácter democrático es menester impulsarlo en un doble sentido, en las relaciones con el movimiento de masas, superando la práctica de imposiciones burocráticas o instrumentalistas del propio pueblo, que a la larga van agotando los organismos sociales y alejándolos de las filas de la izquierda, como asimismo este rasgo democrático debe expresarse en las relaciones interpartidistas, con una práctica igualitaria y de respeto mutuo en la toma de decisiones y ejecución de tareas.

En la medida en que se afirme un auténtico carácter democrático de este frente, se garantizará al pueblo y a nuestros aliados la consecuencia de la lucha antidictatorial y del desarrollo de una nueva sociedad.

Asimismo, la amplitud y carácter no sectario es un rasgo esencial para superar la "tentación al monolitismo" de frentes políticos que no contemplan la diversidad de opiniones, la existencia natural de diferencias y contradicciones en las filas del movimiento popular. En una primera fase, por el avance del oportunismo en las filas de la izquierda, este frente democrático del pueblo se constituirá con las fuerzas más claramente definidas y decididas a luchar por la alternativa propia; pero en la medida en que se vaya acumulando fuerzas, abriendo cauces en la lucha contra

el régimen, gestando una alternativa de poder atractiva para otros sectores, se irán creando condiciones para un trabajo conjunto con esas fuerzas, para su incorporación al frente democrático-popular, para lo cual deberán estar superadas concepciones sectarias y estrechas de la lucha.

**2.c. Fuerzas integrantes.** Por definición, este frente lo formarán todas las organizaciones sociales y políticas decididas a luchar por el derrocamiento de la dictadura con una hegemonía obrero-popular, para instaurar una democracia avanzada que enfrente los problemas centrales del desarrollo nacional, de la monopolización, la dependencia imperialista, la fascistización y el terrorismo de Estado y el empobrecimiento generalizado de la mayoría del país.

En una primera fase, este frente se debe constituir con todos los partidos y fuerzas que aceptan y luchan por el Programa de los 12 puntos del MDP, aunque sea necesario, en una asamblea constitutiva del frente democrático, desarrollar aún más este programa, precisar sus contenidos.

Por lo mismo la constitución de este frente está vinculada al fortalecimiento y desarrollo de los partidos de la Coordinación de Izquierda y a la maduración del sector democrático-popular integrante de la Izquierda Unida, para reconstruir un claro referente político del pueblo que no se subordine a la DC.

Este proceso se irá dando en el marco de las contradicciones de estrategia y táctica del próximo período, entre una vía electoral impulsada por la oposición democrático-burguesa y la estrategia de lucha rupturista para enfrentar la ofensiva de consolidación del régimen militar.

Las condiciones objetivas del surgimiento de un frente de esta naturaleza están dadas y seguirán potenciándose por la ofensiva del capital financiero y su régimen terrorista. Las condiciones subjetivas deberemos desarrollarlas en el seno de todos los partidos y movimientos, políticos y sociales, empeñados en luchar por una alternativa democrática consecuente.

### 3. Sobre estrategia y táctica del período

La lucha por una efectiva derrota de la dictadura y sus planes de perpetuación, por el triunfo de una alternativa democrática del pueblo, exige la definición y aplicación

de una estrategia y táctica de lucha rupturista, que posibilite la amplia incorporación del pueblo a la tarea histórica de conquistar la democracia, recuperar la soberanía política en esa lucha y construir una Patria libre y soberana.

Existe una clara vinculación entre el proyecto propio y la estrategia y táctica de lucha rupturista. Así, en esa nueva "vía electoral" o político-institucional de sectores de izquierda, a partir de adecuaciones tácticas y estratégicas, se encuentra un progresivo o definitivo abandono a la lucha por un proyecto independiente de la izquierda, como expresión de la alternativa democrática más consecuente. La disputa por la hegemonía en el movimiento democrático, la posibilidad de articular la caída de la dictadura con la crisis de la dominación capitalista se encuentra en el triunfo de una estrategia de poder político liderizada por la izquierda y el pueblo.

En este período se ha ido produciendo un debate estratégico, redefiniciones, virajes, como asimismo algunos cambios por la profundidad de la ofensiva del régimen, que determinan la necesidad de precisar contenidos y objetivos de lucha para el próximo año:

**3.a. El carácter insurreccional de la lucha.** Las protestas populares iniciadas en 1983, hasta la reciente huelga de octubre del 87, han ido dejando en claro que el comportamiento político del pueblo se encausa en una perspectiva insurreccional por la territorialidad de la lucha, su expresión preferentemente urbana, la localización de sus organizaciones sociales y políticas de base, la lucha de barricadas para controlar las calles y territorios frente a los aparatos represivos.

Las bases o retaguardias de la lucha pasan a ser las mismas poblaciones y organizaciones populares. De allí que la dictadura militar despliegue sistemáticamente sus ofensivas de contrainsurgencia, con allanamientos masivos como los realizados en Santiago en el mes de septiembre pasado, para tratar de desmantelar la red de organizaciones populares, separar los partidos revolucionarios de las masas populares, inmovilizar y controlar al pueblo. Esta ofensiva represiva trata de golpear el centro de gravedad de la fuerza social rupturista, en los "territorios sociales"; donde se articulan vanguardia y retaguardia, espacio y fuerza.

El carácter insurreccional de la lucha democrática -que no pueden aceptar ni entender los reformistas de centro y de izquierda- ha ido surgiendo por factores objetivos, como la ubicación de los trabajadores y del pueblo en las comunas periféricas de las ciudades, por la extrema concentración de pobreza en esos territorios, por la permanente lucha por la sobrevivencia en el seno del pueblo, que va desde la búsqueda desesperada de trabajo hasta la defensa de la vida frente a los aparatos represivos, y por el dominio del territorio popular para enfrentar al aparataje dictatorial, que tiene dificultades para controlar y dominar esos "teatros de operaciones".

Pero también este carácter insurreccional se ha ido desarrollando por una verdadera memoria popular con tradiciones combativas de la lucha rupturista de los últimos años, por la experiencia de lucha callejera y de tipo insurreccional del último quinquenio, por el accionar político-organizativo de las vanguardias, sentando las bases de la nueva cultura política popular.

La posibilidad del triunfo o despliegue de una auténtica insurrección democrático-nacional y popular aún está lejana, por el desarrollo desigual de la lucha de masas, evidenciado en el retraso a la incorporación de la lucha política abierta de capas y clases sociales explotadas, y por los problemas constatados en el desarrollo de las vanguardias del pueblo. Sin embargo, partiendo de la base de la combatividad del pueblo, expresada en la huelga del 7 de octubre, de la necesidad de elevar la lucha contra el régimen para contener y desarmar su estrategia de perpetuación, es que se hace fundamental seguir desarrollando el carácter insurreccional de la acción de las fuerzas sociales más avanzadas, por la vía del fortalecimiento de su conciencia, organizaciones populares, por el impulso de una línea de autodefensa de masas y por la acentuación del carácter territorial de la lucha.

La ligazón entre la lucha reivindicativa y la lucha política de carácter insurreccional ha ido quedando en claro en cada protesta o paralización, por cuanto es el único camino para hacer valer los derechos sociales y políticos del pueblo. Por esa razón, por esta verdadera ley o tendencia

de la lucha democrática, es que debemos seguir apoyando e impulsando las acciones reivindicativas naturales de las masas, tratando de concertarlas en jornadas centrales de movilización donde alore el carácter rupturista e insurreccional, con más elementos de organización y con el eje de la incorporación del pueblo a la lucha activa contra la dictadura, sin suplantarse su actividad por organismos o élites políticas.

**3.b. El objetivo de la desestabilización del régimen.**  
La dictadura militar, durante la cuarta protesta del 83, comenzó a ceder y a hacer concesiones sobre su plan político-institucional, ofertando incluso una anticipación del Congreso. La experiencia demuestra que sólo con una lucha rupturista continuada y concentrada se puede desbaratar los planes políticos del régimen.

Desde este punto de vista, de la contención y desarme de la estrategia continuista del régimen, debemos jugar por elevar el nivel de la lucha reivindicativa y política de masas para potenciar una coyuntura de desestabilización y crisis del régimen militar que abra paso a un desate de las contradicciones latentes en el bloque político dominante y que se han atenuado debido al largo repliegue de masas y vacilaciones opositoras.

La desestabilización del régimen militar es un objetivo estratégico alcanzable en el actual nivel de la correlación de fuerzas y su proyección combativa para el próximo período.

Esta desestabilización implica el desarrollo de una situación política de crisis del régimen, por los impactos de la lucha rupturista del pueblo, con una progresiva pérdida de la iniciativa táctica y estratégica, el aumento de sus contradicciones internas en torno al problema de la sucesión por los temores de futuro de la clase dominante y el desarrollo de un escenario político de lucha, fuera del marco político-institucional del régimen, donde se desenvuelvan y desarrollen las fuerzas sociales opositoras más consecuentes.

Es, por tanto, una situación política que deslinda con las de carácter revolucionario, como la que vivimos durante la coyuntura de las protestas del 83 y que el régimen fue sorteando por una prolongada maniobra de contención

defensiva. Y su posibilidad se encuentra en la articulación de la lucha reivindicativa de los trabajadores, estudiantes, pobladores, campesinos, pueblo mapuche, movimiento femenino, sectores profesionales, organizaciones de derechos humanos con la demanda política general del término de la dictadura.

Las condiciones están dadas desde el punto de vista de la combatividad de las masas, de su indignación por la situación económica crítica, por el autoritarismo oficial, como es el caso de las universidades. De lo que se trata es de crear esas condiciones y disposición combativa en el plano del conjunto de la izquierda y organismos sociales, como asimismo de sectores políticos avanzados del centro.

### 3.c. La continuidad y simultaneidad de la lucha.

El arrinconamiento del régimen militar no es tan fácil, por su experiencia en el manejo de coyunturas de crisis, por su política de contrainsurgencia combinada con el "populismo" electoral. De allí que sea importante lograr una continuidad de la lucha, para generar una capacidad de presión sostenida sobre el sistema autoritario para forzar su crisis.

El desarrollo de la movilización social fue mostrando en los últimos años una tendencia a la discontinuidad, con coyunturas de movilización y períodos de desmovilización, como el último que duró más de un año, aprovechado por el régimen para desplegar su ofensiva estratégica de consolidación institucional. Esta discontinuidad dada por la política de contrainsurgencia del régimen y las vacilaciones opositoras puede superarse en el próximo período, aprovechando las reivindicaciones concretas en una perspectiva de lucha por la demanda democrática central del término de la dictadura.

La línea de continuidad de las acciones está dada por la articulación de las acciones reivindicativas parciales de carácter táctico, que incomodan al régimen pero no lo desestabilizan, con acciones reivindicativas de carácter estratégico, como la reciente huelga general, y en ese contexto por las acciones propias de vanguardia, para ir potenciando y orientando esas luchas, como para mantener la ofensiva contra el régimen cuando se producen las coyunturas de repliegue parcial de masas, pero sin comprometer esa acumu-

lación de fuerzas por una sobredimensión del factor operativo de la lucha.

Por esa razón, la continuidad de la lucha se vincula con la simultaneidad o concentración de las demandas político-sociales en coyunturas de confrontación entre dictadura y oposición, como sucedió durante las protestas, y que nuevamente demostró vigencia en la huelga del 7 de octubre. Esta continuidad-simultaneidad o concentración de fuerzas es la que puede provocar nuevamente una situación defensiva del régimen y obstaculización y eventual desarme de sus planes continuistas.

### 3.d. La creación de una posición de lucha rupturista.

La dictadura, con su línea de la contrainsurgencia de masas, busca inmovilizar al pueblo, ocupar territorios, separar al pueblo de sus partidos de clase. Con una lógica parecida reglamenta el artículo octavo de su Constitución, para reprimir a la izquierda, ocupar espacios ganados por el movimiento popular en la lucha de estos años. En suma, mantener al movimiento social y los partidos de izquierda en una posición defensiva, de debilidad territorial y marginalidad política.

En la línea de lucha rupturista e insurreccional de masas debemos desarrollar **una posición de fuerza**, basada en la articulación de los terrenos naturales de la lucha popular con las fuerzas sociales y la ubicación y avance de la izquierda.

Esta posición de fuerza de la lucha rupturista e insurreccional está basada en **la permanente ligazón con las masas populares**, que evite un aislamiento estratégico del Partido, del movimiento revolucionario, de los partidos de izquierda. La clave de una posición de fuerza está dada por esa ligazón entre partidos y masas, en particular las fuerzas motrices de la revolución democrática. Una estrategia de lucha por el derrocamiento que no asuma, en el caso de nuestro país, que esa posición de fuerza se construye en el terreno donde se localizan las fuerzas sociales motrices del cambio corre el riesgo de un aislamiento táctico y estratégico, de una posición extremadamente vulnerable para la acción destructora de aniquilamiento del régimen militar.

Esta posición de fuerza de lucha rupturista, por lo mismo, debemos desarrollarla sobre la base de **la terri-**

**torialidad de la lucha**, partiendo de la tendencia natural de la movilización social y las necesidades de las acciones de paralización y corte insurreccional. La territorialidad de la lucha no es un fenómeno meramente geográfico, sino un factor de ligazón de fuerza-espacio, del dominio de los territorios sociales -como son poblaciones, fábricas, establecimientos educacionales, etc.-, para desarrollar la lucha contra el régimen en las mejores condiciones posibles.

Asimismo, esta posición de fuerza la debemos disputar en el próximo período en el escenario público y semipúblico, cuestionando abiertamente la seudolegalidad del régimen, sentando las bases para la continuidad de la lucha por el derrocamiento del régimen. Sólo en la medida en que se mantenga una clara y firme línea de desobediencia civil, de cuestionamiento de la institucionalidad oficial, podremos evitar que se produzca un largo repliegue de masas por la consumación del fraude-plebiscito o un encauzamiento tras las políticas interburguesas destinadas a potenciar un extraño bipartidismo político al estilo del capitalismo norteamericano o de otros regímenes democrático-burgueses.

**3.e. El fortalecimiento de las organizaciones populares y la masificación de la lucha.** La posibilidad de desestabilizar el régimen, de crear una posición de fuerza por el dominio territorial y social, de darle continuidad a la lucha, está en dependencia con el problema de **la masificación de la lucha**, en particular por la incorporación masiva de la clase obrera a la acción política abierta.

El actual nivel de la lucha obrera se ubica en el plano reivindicativo; sin embargo, por la situación económica, existen síntomas de reactivación obrera, evidenciados en la convocatoria a huelga general por el CNT, presionado por las federaciones, confederaciones y sindicatos de base. En la medida en que se logre una incorporación masiva de los trabajadores a la lucha política abierta, a partir de la lucha reivindicativa parcial o general, se habrá producido un cambio cualitativo en la correlación social de fuerzas, que se podrá potenciar para ofensivas de mayor envergadura contra el régimen. Esa posibilidad estará dada por la formación de la Central Unitaria y por la existencia de problemas concretos en la clase obrera por los salarios deteriorados debido a la creciente alza del costo de la vida.

Se abren, por tanto, perspectivas claras para retomar una ofensiva obrera de mayor nivel y significado, para derrotar el llamado "Plan Laboral" de los monopolios que conculca derechos económicos y sociales de los trabajadores, como también enfrentar las leyes políticas antiobreras que niegan los derechos políticos de la clase obrera -cuya primera expresión rupturista exitosa la dio la nueva directiva de la Confederación de la Alimentación, al negarse a firmar un decreto que les prohibía tener militancia política-, articulando, por tanto, una lucha reivindicativa más global con una lucha política de los trabajadores, por la necesidad objetiva de derrotar leyes de la dictadura sobre la base de una movilización sostenida.

El surgimiento de la Central Unitaria es un hito significativo en la línea del protagonismo de la clase obrera y debe ser un aporte decisivo a la lucha por la democracia. Esta tarea central del próximo período debemos asumirla sobre la base de recuperar terreno perdido en el movimiento obrero organizado, con una acentuación de la hegemonía clasista, un fortalecimiento del sindicalismo de base, la derrota de las tendencias a la burocratización y corrupción en el movimiento sindical, manipuladas por la burguesía, la recuperación de la autonomía de la Central Unitaria con relación a organismos sindicales socialdemócratas como la CIOSL y otros que van fomentando líneas contrarias a los intereses de la clase obrera chilena; el fortalecimiento de la democracia sindical, con la generación de auténticos dirigentes representativos de la clase obrera con verdadero apoyo de la base, con la línea de acentuar el protagonismo obrero en la lucha por un proyecto político democrático-popular y por hacer valer una auténtica hegemonía de clase en la lucha por la democracia.

En la medida en que logremos la masificación de la lucha obrera, junto al estado movilizador existente en estudiantes y juventud, en el movimiento poblacional y otras fuerzas sociales, crearemos las condiciones materiales para propinar derrotas al régimen y abrir paso a una situación de crisis de la dictadura.

El fortalecimiento de las organizaciones populares no pasa solamente por el desarrollo de la Central Unitaria, sino que por ese amplio arco de organizaciones sociales

de diferentes frentes -como son las ollas comunes, organismos de derechos humanos de base, comités de allegados, coordinadoras poblacionales, centros de alumnos, federaciones estudiantiles, organismos de mujeres, etc.-, que crean las condiciones para resistir la ofensiva continuista del régimen y desplegar ofensivas populares de mayor nivel.

El estado organizativo del movimiento social, con retrocesos por el debilitamiento de las Mesas de Concertación y fenómenos de burocratización-descoordinación, afectado además por los efectos de la derechización de la DC y las vacilaciones y virajes de un sector oportunista de izquierda, debemos enfrentarlo con una política de fortalecimiento a todo nivel de las organizaciones sociales, para avanzar en la perspectiva de una auténtica fuerza de ruptura contra el régimen.

A partir del fortalecimiento de las instancias de base, debemos propender a una mayor articulación territorial, de coordinación de las diferentes fuerzas sociales, con **coordinadoras territoriales o zonales de masas** que no sean meras instancias burocráticas formales de organismos debilitados, sino auténticas articulaciones de organizaciones representativas para asumir la lucha reivindicativa, política y rupturista contra el régimen.

Asimismo, en el seno de las instancias sociales nacionales se hace fundamental ir impulsando una coordinación de lucha de mayor nivel, como es una **Coordinadora Nacional de Masas**, con hegemonía clasista y obrero-popular, que supere naturalmente el fenómeno de desarme progresivo de la elitista Asamblea de la Civilidad que perdió su rol y sentido, desgastándose producto de las maniobras electoralistas de la DC. La coyuntura de la creación de esta Coordinadora Nacional de Masas que articule a las diferentes fuerzas sociales estará dada por el surgimiento de la futura Central Unitaria, que acentuará la capacidad de convocatoria de los trabajadores organizados.

### 3.1. El desarrollo de la política militar del pueblo.

Un camino insurreccional contra el régimen y una línea de desestabilización contra la dictadura, para desarrollar una situación de crisis política, no puede avanzar sin una política militar basada en la incorporación de todo el pueblo

al ejercicio legítimo de la violencia democrática contra una minoría terrorista organizada, como es el caso de la dictadura militar pinochetista.

En nuestra perspectiva insurreccional, la base de la política militar está en esa masificación y radicalización de la lucha de masas, como asimismo en el fortalecimiento de los organismos combativos rupturistas del pueblo y sus vanguardias, siendo por tanto **una construcción de fuerzas de abajo hacia arriba**, en el seno del movimiento social, derrotando las "tentaciones elitistas" de la lucha rupturista que suplantando la actividad de las masas y otras modalidades de acumulación de fuerzas político-militar que no se corresponden con una estrategia insurreccional de masas.

En el actual periodo, esta política militar del pueblo en la lucha por la democracia debe expresarse en el **fortalecimiento de la autodefensa de masas**, como un auténtico movimiento nacional de organización social rupturista, que haga posible sostener la lucha contra el régimen y pasar a ofensivas rupturistas de desestabilización antes del fraude-plebiscito y después de consumada esa operación continuista, al calor de una previsible radicalización de la lucha.

El desarrollo de la autodefensa de masas, en torno a la defensa de la vida frente a las acciones represivas, la protección de mitines y marchas populares, la ocupación de locales y territorios, la lucha contra el soplaje a nivel masivo, la lucha por la vivienda y la salud. Para que sea un movimiento organizado del rupturismo de masas, su correcto desarrollo estará dado por su asentamiento con las reivindicaciones concretas de las masas, como la vivienda, la salud, el derecho al trabajo, el enfrentamiento con los aparatos represivos, en la línea del dominio territorial-social de la lucha para ir construyendo una posición de fuerza y acumulación global de fuerzas en lucha.

La política militar democrática y popular está intrínsecamente vinculada a la **tarea de la democratización de las Fuerzas Armadas**, del cambio estructural del aparato militar, derrotando las tendencias negociadoras de la DC y un sector oportunista de izquierda que tratan de convencer al pueblo de una supuesta separación entre gobierno y régimen, entre Pinochet y las Fuerzas Armadas, para justificar su línea claudicante.

La democratización de las Fuerzas Armadas significa una derrota de su doctrina norteamericana de la "seguridad nacional", destinada a proteger los intereses de las multinacionales y combatir al pueblo, cambiar los mandos militares, enjuiciar al aparataje terrorista de Estado, desarrollar la difusión de ideas democráticas y socialistas para estimular la formación de sectores militares que se comprometan en una tarea de recuperación de la soberanía popular y económica del país, como sucedió históricamente con el general Carlos Prats y otros militares patriotas.

Frente al defensismo estratégico de sectores de izquierda en relación con el uso legítimo de todas las formas de lucha, en la línea de concesiones con aliados frágiles y oportunistas, debemos **relegitimar el uso de la violencia democrática de la mayoría nacional** para recuperar la libertad, con una lucha ideológica sostenida y por sobre todo con la masificación del rupturismo popular, para conquistar la democracia.

Las vacilaciones en el seno de la izquierda han hecho retroceder, en materia de formas de lucha, lo que el mismo pueblo y sus vanguardias fueron ganando con justicia en una lucha legítima contra el régimen a lo largo de estos años. Sin embargo, como lo demostró una vez más la reciente movilización del 7 de octubre, esa conducta política rupturista, ese ejercicio legítimo de la violencia democrática y popular está incorporada en la conciencia y práctica del pueblo.

Frente a la marea electoralista del próximo período, que trata de cambiar el carácter de la lucha de masas, debemos afianzar ese carácter rupturista legítimo, para profundizar la ofensiva de desestabilización del régimen.

**3.g. La política de unidad democrática.** La línea de desarme de la alternativa propia de la izquierda ha contribuido precisamente a una derechización de la DC, al arrinconamiento y defensismo de su sector progresista -al no haber una clara alternativa de poder democrático por la izquierda-, al debilitamiento de las instancias de unidad democrática, como las Mesas de Concertación o la Asamblea de la Civilidad. La política de concesiones para lograr la unidad democrática ha logrado justamente lo contrario: retrocesos en el camino de la unidad opositora para enfrentar al régimen.

El eje de la unidad democrática está en el fortalecimiento de la alternativa democrático-popular, en la fuerza propia que logremos al calor de la lucha contra la dictadura. Sólo en esa medida, el progresismo de la DC y la gran mayoría de la DC se inclinarán a ofertar alianzas de mayor nivel y profundidad, precisamente para evitar un avance mayor de un proceso revolucionario democrático y popular, un colapso de todo el sistema capitalista.

Partiendo de la base de las contradicciones internas de la DC y la necesidad de elevar la movilización contra el régimen y frenar su tendencia derechista, es que la articulación con el centro pasará principalmente por su sector progresista, en torno a tres factores como son: la desobediencia civil, la movilización social y la unidad en los frentes de masas. En esta línea, con una postura más firme y masiva de la izquierda en torno al rechazo al plebiscito y la institucionalidad del régimen, podremos confluir con sectores de la DC en la lucha misma, como se expresó en la huelga de octubre y en movilizaciones pasadas, en el cuestionamiento a la inserción de los partidos opositores en el sistema autoritario, como lo han expresado abiertamente la JDC y Hormazábal.

El reformismo de izquierda y sectores oportunistas colocan como eje de la relación con la DC el cambio de las alianzas por la izquierda y la cuestión electoral. Nuestra posición es profundizar las alianzas de clase y el proyecto democrático-popular, para ubicar como eje de la relación con la DC el impulso de la movilización social, el rechazo a la institucionalidad del régimen y la línea de la desobediencia civil, y una disputa por la hegemonía en el movimiento democrático para derrotar las tendencias claudicantes y derechistas.

La política de unidad democrática en el próximo período no llegará más allá del nivel del movimiento social y en una línea de unidad de acción, que se irá profundizando en la medida en que se afirme una alternativa propia democrático-popular. La posibilidad de un frente político amplio opositor es dificultosa; por el grado de dependencia imperialista de la DC y los avances del capital financiero en la hegemonía centrista, pero sí es posible impulsar una línea de "unidad social del pueblo", como en alguna medida se



reflejó en la Asamblea de la Cívica, fortaleciendo instancias unitarias en el movimiento social.

**3.h. La táctica del rechazo y la desobediencia civil.** La DC ha abandonado su línea de desobediencia civil, de desconocimiento y rechazo a la seudolegalidad dictatorial, para tomar una política de reconocimiento de hecho y de derecho de la institucionalidad, como lo demuestra su inscripción como partido político. Sin embargo, lo que es más grave, es que sectores de izquierda se sumen a esta línea claudicante, propiciando la inscripción electoral, debatiendo la inscripción de un "partido por la democracia" para ilusionar al pueblo con una supuesta "salida fácil", mientras legitiman el futuro fraude, promoviendo de antemano la línea del "voto no", reconociendo la derrota de la fofa "campaña por elecciones libres" sin dar ni siquiera una auténtica pelea política.

Debemos crear conciencia del fraude electoral que se avecina, de la ilegitimidad del supuesto plebiscito y la seudolegalidad del régimen, promoviendo **un amplio movimiento de rechazo a la institucionalidad oficial**, como ha venido realizando la Coordinación de Izquierda, conjuntamente con la táctica del boicót electoral y rechazo a la participación en el plebiscito pinochetista, con desconocimiento previo de sus resultados.

La táctica de la desobediencia civil vincula la política de la no inscripción electoral, la no inscripción de los partidos políticos, con la abstención y boicót al plebiscito.

La estrecha relación entre inscripción electoral y el plebiscito no puede desconocerse, de tal modo que cometen un autoengaño o ejecutan una conducción errada los que afirman que el problema no está en los registros, sino en el plebiscito, para hacer nuevas concesiones al oportunismo de izquierda y a la DC. La cuestión radica en que el fraude plebiscitario comienza precisamente con esa inscripción electoral, de tal modo que una vez otorgada luz verde para ese proceso, se habrán creado condiciones para formar una masa electoral votante que será manipulada por el régimen y la DC, con muy pocas posibilidades de contención posterior.

La táctica de la desobediencia civil y rechazo institucional está ligada a **la creación de un nuevo escenario político de lucha rupturista** que evite el desplazamiento electoral del movimiento social, por la articulación de las campañas de movilización social con campañas de desobediencia civil efectiva, que sienten las bases de la desestabilización del plan político pinochetista y de la continuidad de la lucha, a partir de una sostenida deslegitimación del fraude-plebiscito.

La democracia la conquistaremos luchando, con firmeza ideológica y política, sobre la base de un auténtico protagonismo combativo del pueblo y sus vanguardias, de un avance de la unidad democrática en ese camino de lucha y el desarrollo de una estrategia y táctica de lucha rupturista que abra paso a un Chile libre y soberano.

COMITE CENTRAL  
PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE SALVADOR ALLENDE

Octubre de 1987.



